

Evangelio Express – Entrega N° 2 – HECHOS

Posted on May 26, 2026 by Néstor Martínez

Libro de los Hechos – Introducción

Hola, hola, gente linda. Bienvenidos a este espacio donde tratamos de sacarle brillo a las Escrituras... sin perder el sentido del humor, ni el sentido común. Hoy nos metemos en un libro explosivo, emocionante y más actual de lo que parece: el **Libro de los Hechos de los Apóstoles**. Si lo hubiera escrito yo, lo hubiera titulado Hechos del Espíritu Santo, pero... en fin... lo escribió un tal Lucas, no sé si lo conoces. Y habrá que darle crédito, nomás. Pero tranquilo, no necesitas túnica ni sandalias para entenderlo. Solo abrí el corazón... y quizás también una sonrisa. Primera pregunta: ¿Qué es Hechos? Hechos es, básicamente, la **temporada 2 del Evangelio de Lucas**. Mismo autor, nuevo giro. Si Lucas nos presentó a Jesús en acción, Hechos nos muestra cómo el Espíritu Santo toma el timón... ¡y no lo suelta! Es como si Dios dijera: "Listo, Jesús cumplió su parte. Ahora les toca a ustedes. Pero tranquilos, no los dejo solos... nLes mando al Espíritu. ¡Él maneja!" Y así arranca: Jesús asciende al cielo, los discípulos se quedan mirando como quien ve despegar un avión sin saber si va a volver... Y de repente: ¡Pentecostés! El Espíritu llega con viento, fuego y lenguas. Una entrada triunfal, estilo Dios. El Espíritu no aparece con cartel luminoso, pero revoluciona todo. Convierte cobardes en predicadores. Pescadores en líderes. Miedosos en mártires. Mirá a Pedro. Antes no se animaba a decir que conocía a Jesús frente a una sirvienta. Ahora se para frente a miles y suelta un mensaje que corta como cuchillo. ¿Qué pasó? El Espíritu Santo lo empoderó. Es como tomarse un café celestial... pero sin nervios, ni insomnio. Solo fuego. Y acá va una perla: **No necesitás tener todo resuelto para actuar**. Solo necesitás estar **lleno del Espíritu**. Él hace el resto. Hechos también es una historia de expansión... y de fricciones. La Iglesia empieza en Jerusalén, pero rápidamente se vuelve multicultural, multiétnica... y un poco caótica. Como cualquier familia grande. Están los judíos, los griegos, los gentiles... Cada uno con sus costumbres, su idioma, su plato favorito. Y en el medio, Pedro y Pablo. Como dos tíos que no siempre están de acuerdo, pero saben que la misión es más grande que sus diferencias. Hay persecuciones, cárceles, azotes, naufragios... Y aun así, **la Iglesia no se apaga. Se enciende más**. Porque cuando el Espíritu sopla, ni el miedo, ni el Imperio, ni nuestros líos internos pueden frenarlo. Y claro, no podemos hablar de Hechos sin mencionar al más intenso del grupo: **Pablo**. Antes llamado Saulo. Un perseguidor top. Un "anti-cristiano" profesional. Hasta que Dios lo tumba del caballo. Que, dicho sea de paso, eso se especula, porque mi Biblia no dice en ninguna parte que iba a caballo. Pero obviamente, se supone que así era. Literal. Y lo transforma en el predicador más imparable de la historia. Es como si el mayor opositor de la Iglesia terminara predicando con más pasión que nadie. ¿Moraleja? **Nadie está demasiado lejos para que Dios no lo alcance**. Ni vos. Ni yo. Ni ese que te parece imposible. Pablo entendió algo clave: Cuando Cristo te atrapa, ya no vivís para vos mismo. Vivís para Él. Y ahora, la gran pregunta: ¿qué hacemos con todo esto? ¿Hechos es solo historia antigua? Para nada. Hechos te habla a vos, hoy. Sí, a vos que quizás estás cansado, perdido, desconectado o con ganas de más. Mirá lo que nos recuerda: **Dios sigue usando gente común para cosas extraordinarias. El Espíritu Santo no es teoría. Es presencia viva. La comunidad cristiana no es perfecta... pero es el laboratorio donde Dios forma a sus discípulos. Las dificultades no son frenos, son rutas diferentes hacia el propósito.**

Capítulo 1

Dicen que lo más difícil en la vida es... **esperar**. Esperar resultados, esperar respuestas, esperar que haya señal de Wi-Fi... o incluso, esperar a que el microondas termine de cocinar o descongelar. Pero hoy vamos a hablar de una espera muy distinta —una que cambió la historia del mundo—. El capítulo uno del libro de **Hechos** es como el “episodio piloto” de una serie épica. Jesús acaba de resucitar, y sus discípulos... están entre emocionados, confundidos y un poco perdidos. Supongo que de la misma manera que estaríamos tú y yo aun en estos tiempos de alto conocimiento. Porque de carne somos... Lucas, el autor, le escribe a su amigo Teófilo y le recuerda todo lo que Jesús **“comenzó a hacer y enseñar”**. Y eso ya nos dice algo importante: lo que Jesús **comenzó**, su Iglesia, no hablo de la congregación evangélica de la esquina de tu casa, sino de lo que realmente es y debe ser la iglesia: asamblea de representantes de Dios en la tierra, es decir, cada uno de nosotros. debe **continuar**. Imagina la escena: Jesús, resucitado, compartiendo con sus amigos durante **cuarenta días**. Les habla del **Reino de Dios**. Y ellos, con una mezcla de fe y curiosidad, le preguntan: **“Señor... ¿ya es hora de que restaures el reino a Israel?”** Tú ríete si quieres o te causa gracia, pero es como si le hubieran dicho algo así como: “¿Ahora sí nos vas a liberar del Imperio Romano, Jesús? ¿Se viene la independencia nacional?” Pero, obviamente, como puedes imaginarte sin demasiado esfuerzo, Jesús no estaba hablando de política, sino de **poder espiritual**. Les dice: **“No les toca saber los tiempos... pero recibirán poder cuando venga sobre ustedes el Espíritu Santo, y serán mis testigos hasta lo último de la tierra.”** Ese “poder”, faltó aclarar, no es para dominar, no al menos como en la política humana se enseña, sino para **servir, testificar, y transformar el mundo**. De repente, Jesús empieza a elevarse. No hay efectos especiales, no se ven drones ni cables de teatro. Una nube lo envuelve, (Todavía no se han puesto de acuerdo los eruditos sobre qué clase de nube es) y los discípulos... se quedan mirando al cielo, boquiabiertos. **“¿Lo viste? ¿Viste eso? ¡Se fue!”** Seguro que alguno más despabilado que los otros, dijo: “¿Y ahora qué hacemos? ¿Alguien tomó nota de lo último que dijo?” Entonces aparecen **dos hombres vestidos de blanco** —ángeles— que básicamente les dicen: **“¿Qué hacen mirando al cielo? Jesús volverá, así como lo vieron irse.”** En otras palabras: “¡Dejen de mirar y pónganse en marcha!” Porque la fe no se trata solo de mirar al cielo... sino de **vivir en la tierra con propósito**. Los discípulos regresan a Jerusalén. Allí estaban Pedro, Juan, María la madre de Jesús, y muchos otros, unas **120 personas** en total. Y aquí viene algo hermoso: **“Todos perseveraban unánimes en oración.”** No sabían cuánto tardaría la promesa, pero sí sabían **cómo** esperar: **juntos, orando, confiando**. A veces Dios no nos da un cronograma, pero sí una comunidad. Y mientras ellos esperaban, **Dios preparaba**. Y en medio de la espera, Pedro se levanta con una idea: hay que completar el equipo apostólico. Judas había caído —literalmente—, y hacía falta uno más. Quiero decirlo con todas las mismas letras con las que ellos, pese a lo aprendido respecto al perdón y al amor, tenían en sus mentes todavía purificándose tenían que reemplazar a un traidor. No lo podían ni a propósito verlo de otro modo. Y no se los censuro. Pedro cita las Escrituras, ora, y proponen dos candidatos: **José, llamado Justo, y Matías**. **“Señor, tú conoces los corazones... muéstranos a quién has escogido.”** Y así, lanzan suertes, que eran unos huesitos pequeños que, conforme a como cayeran, mostraban lo que había que hacer. Una especie de “oración con ruleta”— y la suerte cae sobre **Matías**. No hubo campañas, ni votaciones, ni debates. Solo oración y confianza. Podríamos decir que fue la primera “asamblea apostólica”, y... milagrosamente, ¡sin peleas! Este capítulo, si lo analizamos desde una perspectiva práctica y no demasiado mística, nos deja tres grandes lecciones: 1.- **Esperar no es perder el tiempo**, es preparar el corazón. Los discípulos no se distrajeron ni se dispersaron. Se unieron en oración. 2.- **El poder del Espíritu Santo no es un lujo espiritual, sino una necesidad vital**. Jesús sabía que sin el Espíritu, ellos no podrían continuar su misión. 3.- **La obediencia abre la puerta a lo sobrenatural**. Jesús les dijo “esperen”, y ellos esperaron. No corrieron antes de tiempo, ni se rindieron. El primer capítulo del libro de los **Hechos de los Apóstoles** narra la transición entre la obra de Jesús y la misión de sus discípulos. Presenta la **ascensión de Cristo** al cielo y la

promesa del **Espíritu Santo**, que los capacitará para ser testigos “hasta los confines de la tierra”. Los apóstoles permanecen en Jerusalén en **oración y unidad**, esperando el cumplimiento de esa promesa. También se relata la **elección de Matías** para reemplazar a Judas, restaurando el grupo de los doce. En conjunto, el capítulo marca el inicio de la **Iglesia en acción**, guiada por el Espíritu y enviada al mundo. Hechos 1 es una invitación a mirar hacia arriba... pero también a mirar alrededor. A recordar que Jesús no se fue para abandonarnos, sino para **enviarnos al Espíritu** que nos guía, fortalece y acompaña. Quizás tú hoy también estás en un tiempo de espera: por una respuesta, una oportunidad o un milagro. No te desespere. Esperar **con Dios** siempre vale la pena. Porque cuando llega el Espíritu Santo... ¡nada vuelve a ser igual! Y algo más: **La Iglesia no crece en la comodidad, sino en el fuego**. Así que, si estás pasando por pruebas, tranquilo. Tal vez estás en pleno capítulo de expansión. Así que la próxima vez que leas Hechos, no lo veas como lo que “ellos” hicieron, sino como inspiración para lo que **vos** podés hacer. Porque, te digo algo: **Los Hechos no terminaron en el capítulo 28. El capítulo 29... lo escribís vos**. Vos también tenés una historia. Una misión. Un fuego por encender. Así que abrí el corazón, dejá que el Espíritu tome el volante...y animate a manejar, aunque sea con las rodillas temblando. Porque con Dios al lado, no hay curva que te saque del camino. Gracias por escuchar. Si esto te dejó pensando, sonriendo o con ganas de buscar más... ¡misión cumplida! Que el Espíritu te sorprenda hoy. Y no tengas miedo de seguirlo... aunque no tengas todo claro. Desde la próxima entrega nos meteremos juntos en ese maravilloso libro, tal vez el más ungido de todos, si es que me debo guiar por los resultados concretos que he visto. ¡Hasta la próxima!

Capítulo 2

¿Me pregunto si alguna vez has sentido que el aire cambia... que algo invisible te toca, y que todo dentro de ti se despierta? Pues así empezó todo, en un día cualquiera que se volvió eterno: el **día de Pentecostés**. Los amigos de Jesús estaban juntos, reunidos, probablemente en la misma casa donde habían comido con Él. Estaban... esperando. No sabían exactamente qué, pero confiaban en una promesa: **“Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo.”** Y, de repente... ¡BOOM! Un **estruendo del cielo**, como un viento recio. No una brisita de esas que te despeinan un poco, ¡No! Era un viento que traía **vida nueva**, un aire que venía directo del corazón de Dios. Y sobre cada uno de ellos se posó una **lengua de fuego**. Fuego que no quema, sino que enciende. Fuego que no destruye, sino que transforma. Fuego que convierte a pescadores asustados... en testigos valientes. Y comenzaron a hablar en muchos idiomas. Imaginate la escena: Jerusalén estaba llena de visitantes de todos lados —una especie de feria internacional—, y de pronto escuchan a estos galileos hablar en sus propias lenguas. Uno grita: “¡Oye, este tipo está hablando mi idioma de Capadocia!” Y otro: “¡Y aquel habla en árabe!” Y todos escuchan lo mismo: **las maravillas de Dios**. Claro, siempre hay alguno que dice: “Bah... seguro están borrachos.” Y Pedro, que antes había negado a Jesús por miedo, se levanta con una sonrisa y dice: **“¡No, señores! No estamos ebrios. Apenas son las nueve de la mañana.”** (Una buena defensa, ¿No?) Pero Pedro no se queda ahí. Algo poderoso le arde en el corazón. Comienza a hablar con una fuerza que no viene de él. Explica que aquello no era locura, sino **profecía cumplida**. Que el profeta Joel ya lo había anunciado siglos antes: **“Derramaré mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos e hijas profetizarán, vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños.”** ¿Te das cuenta? El Espíritu Santo no llega solo para un grupo selecto, sino **para todos**. Dios no hace casting ni pide currículum espiritual. Su Espíritu se derrama sobre jóvenes y viejos, mujeres y hombres, esclavos y libres, cercanos y lejanos... ¡Sobre todos los que se abren a Él! Pedro sigue hablando, y sus palabras atraviesan los corazones. Les cuenta de Jesús, del amor que tuvo hasta la cruz, y de cómo Dios lo levantó de la muerte. Y dice algo que cambia la historia: **“A este Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Cristo.”** Silencio... Las multitudes quedan impactadas. Y preguntan con el alma en la mano: **“Varones hermanos, ¿qué haremos?”** Esa pregunta —“¿Qué haremos?”— sigue resonando en cada corazón que se encuentra

con Dios. Y Pedro responde con claridad, sin rodeos: ***“Arrepiéntanse, bautícense en el nombre de Jesús, y recibirán el don del Espíritu Santo.”*** Y ese día —dice la Biblia— se unieron **tres mil personas**. ¡Tres mil! Imagínate el bautisterio improvisado más grande del mundo. Agua, alegría, lágrimas, abrazos... Una explosión de fe que recién comenzaba. Y así nació la comunidad cristiana. Una iglesia sencilla, pero poderosa. No tenían templos gigantes ni redes sociales, pero tenían algo mejor: **corazones encendidos**. Compartían todo, oraban juntos, comían juntos —sí, comían, porque la fe con hambre no dura mucho—y vivían con alegría y sencillez. La gente los miraba y decía: ***“Estos tienen algo diferente... algo que no se compra ni se finge.”*** Y claro, lo que tenían era el Espíritu de Dios, ese mismo Espíritu que sigue soplando hoy. Pentecostés no fue solo un evento del pasado. Es una **experiencia presente**, una invitación viva. Porque el mismo viento que llenó aquella casa... quiere llenar tu casa. El mismo fuego que descendió sobre ellos... puede encender tu corazón. Tal vez no escuches un estruendo del cielo, pero cada vez que perdonas, que ayudas, que oras, que alabas, ese mismo Espíritu está actuando. Y donde el Espíritu sopla... la vida nunca vuelve a ser la misma. Así que hoy, abre tus ventanas interiores. Deja que el viento del cielo entre. Y prepárate... porque cuando el Espíritu Santo llega, **todo cambia**. Y tú... ¿te animas a dejarte encender? Cuando el Espíritu sopló, no fue una brisa: fue un huracán de propósito. Cada lengua se convirtió en una llave para abrir corazones cerrados. Pedro, el que negó, ahora predica como si el miedo hubiera sido crucificado. El viento del Espíritu no pide permiso: entra, sacude y renueva. El fuego no quemó, iluminó; no destruyó, purificó. Donde antes había confusión, ahora hay comunicación divina. El Espíritu no bajó para impresionar, sino para transformar. Los que parecían borrachos de vino, estaban ebrios de eternidad. Pedro no habló con un micrófono, habló con un corazón encendido. Tres mil almas germinaron en un solo día: cosecha celestial exprés. El verdadero milagro no fue hablar en lenguas, sino entender con el alma. El miedo se convirtió en misión, la duda en declaración. El amanecer de Pentecostés fue el nuevo Génesis del Espíritu. Dios mezcló idiomas para dispersar en Babel, y los unió para redimir en Jerusalén. Pentecostés no fue un evento; fue el nacimiento del movimiento. Cuando el Espíritu se derrama, no hay zona de confort que sobreviva. La comunidad no se formó por afinidad, sino por fuego compartido. El “último tiempo” comenzó cuando el Espíritu interrumpió el ordinario. Lo divino se volvió audible, visible y abrazable. Pentecostés no termina: sigue ardiendo en cada corazón dispuesto. ¿Lo sientes arder hoy, justamente ahora, allí en tu pecho, como si fuera algo desconocido pero, al mismo tiempo, deseado y esperado? Si lo estás sintiendo eres de los privilegiados del Señor a los que Él mediante su siempre vigente Espíritu Santo decidió tocar en lo profundo. Disfrútalo, pero luego pregúntale cuál es tu misión inmediata. Para eso te lo ha dado.

Capítulo 3

¡Hola, hola! ¡Qué alegría tenerte aquí! Hoy vamos a viajar a Jerusalén... hace casi dos mil años. Pero no te preocupes, no hace falta túnica ni sandalias —aunque si quieres, puedes imaginarlas—. Vamos a presenciar algo extraordinario, una historia que no solo cambió la vida de un hombre... sino que nos sigue hablando al corazón hoy. La escena comienza así: Pedro y Juan, dos amigos, dos discípulos de Jesús, suben al templo a la hora de la oración. Imagínatelos: caminando juntos, hablando de lo que Jesús había hecho, todavía con el corazón encendido por la Resurrección. Y en la puerta del templo —que, por cierto, se llamaba “La Hermosa”, bonito nombre, ¿No?—, hay un hombre cojo de nacimiento. Lisiado, fuertemente discapacitado. Todos los días lo ponen allí para pedir limosna. Todos lo conocen, es “el cojo de la Hermosa”, parte del paisaje. Ese día, el cojo ve venir a Pedro y a Juan y les pide una ayuda. Y entonces... Pedro lo mira. Pero **lo mira de verdad**. No como a veces miramos a la gente sin verla. Le dice: “Míranos.” Y el hombre, esperanzado, estira la mano. Espera unas monedas. Pero Pedro sonríe y suelta una frase que parece casi un chiste divino: ***“No tengo plata ni oro... pero lo que tengo, te doy.”*** Y ahí podríamos imaginar al cojo pensando: —“¿Cómo que no tienes plata ni oro? ¡Entonces, qué me vas a dar, una sonrisa?” Pero Pedro añade: ***“En el nombre de Jesucristo de Nazaret, ¡levántate y anda!”*** Y al instante, el hombre siente algo en sus pies, en sus tobillos... ¡fuerza! ¡vida! Se pone de pie, da un salto —¡sí,

un salto!— y empieza a caminar, a correr, a gritar, a alabar a Dios. ¡Imagínate la escena! La gente en el templo se queda con la boca abierta: —“**¡Pero si es el cojo de la puerta La Hermosa!**” —“**¡Míralo, está saltando!**” No había notificación de WhatsApp, pero la noticia corrió por toda Jerusalén. Qué hermoso gesto. Pedro no le dio lo que el hombre pedía... le dio algo infinitamente mejor: **una nueva vida**. Y aquí hay algo profundo: Cuántas veces nosotros también pedimos “limosnas del alma”: un pequeño alivio, una distracción, una solución rápida... cuando Dios quiere regalarnos **una transformación total**. Jesús no vino a darnos monedas de consuelo, sino piernas de esperanza. El hombre sanado no se suelta de Pedro y Juan. Y claro, la multitud los rodea, curiosa, sorprendida. Entonces Pedro, viendo a todos ahí con los ojos como platos, les dice algo genial: “**¿Por qué se maravillan? ¿Por qué nos miran como si nosotros hubiéramos hecho esto con nuestro poder?**” Y les explica: no fue magia, no fue suerte, no fue buena vibra. Fue **Jesús**. Ese mismo Jesús que habían rechazado, pero que ahora el Padre ha glorificado. Pedro les dice, con amor y valentía: “**Ustedes negaron al Santo y Justo... pero Dios lo resucitó. Y por la fe en su nombre, este hombre ha sido sanado.**” Pedro no acusa, invita. Les dice: “**Hermanos, sé que lo hicieron por ignorancia... pero ahora arrepíentanse, conviértanse, para que sus pecados sean borrados, y vengan tiempos de refrigerio de parte del Señor.**” ¡Qué palabra hermosa: **refrigerio**! Suena a sombra en medio del desierto, a agua fresca después de una larga caminata. Eso es lo que ofrece Dios cuando uno se abre a su perdón: **descanso, alivio, vida nueva**. Aquellos que me oyen que lo han vivido, saben muy bien de lo que estoy hablando. La historia del cojo nos recuerda algo muy profundo: Todos tenemos alguna “puerta La Hermosa” donde nos quedamos sentados, resignados, esperando que alguien nos tire una moneda. Pero Dios quiere levantarnos. Quiere que dejemos de ser espectadores y entremos al templo de la vida **saltando y alabando**. Aunque tres o cuatro viejos cabezones con mil años de iglesia se desmayen escandalizados. Porque la fe en Jesús no solo cambia las piernas del cuerpo... cambia las piernas del alma. Nos hace caminar de nuevo cuando el miedo, la culpa o el cansancio nos habían dejado inmóviles. Así que hoy, si sientes que te falta fuerza, escucha las palabras de Pedro resonando también para ti: “**No tengo oro ni plata... pero lo que tengo, te doy.**” Y lo que él tenía, ¡también lo tienes tú! Tienes el amor de Cristo, su Espíritu, su poder para levantar a otros. Porque cuando uno ha sido levantado, se convierte en levantador. Así que... ¡levántate! Anda, salta, alaba. No te conformes con limosnas del mundo cuando Dios quiere regalarte **milagros del alma**. Y recuerda: la puerta se llamaba “La Hermosa” ... Porque cada vez que alguien se levanta con la fuerza de Cristo, el mundo entero se vuelve más hermoso. El amanecer aún doraba Jerusalén, pero algo más luminoso estaba a punto de brillar en la Puerta Hermosa. Un hombre acostumbrado a pedir limosna recibió, sin saberlo, una promesa celestial. “No tengo plata ni oro”, dijo Pedro, pero el cielo tenía tesoros que no caben en una bolsa. El nombre de Jesús se pronunció, y el aire mismo pareció temblar de gozo. Donde antes hubo impotencia, brotó danza. Donde hubo mendicidad, nació adoración. No fue magia, fue misericordia; no fue truco, fue testimonio. Pedro no ofreció monedas, ofreció una nueva manera de caminar —por dentro y por fuera. Las piernas del cojo se alzaron, pero su espíritu fue el primero en ponerse de pie. El templo, acostumbrado a pasos solemnes, escuchó un salto que rompió siglos de rutina. Cada zancada del hombre era una nota en la sinfonía del Reino que se estrenaba. La multitud corrió, curiosa; Pedro habló, valiente. El milagro se volvió mensaje. “No es por nosotros”, dijo el pescador, “es por Él, el Resucitado”. La fe en Jesús resultó ser más contagiosa que la duda de los sabios. El cojo sanado se convirtió en sermón viviente, más elocuente que cualquier discurso. En el asombro del pueblo se mezclaban la sorpresa y la nostalgia de haber olvidado creer. Cada mirada atónita era una semilla de fe germinando al sol del Espíritu. El templo no volvió a ser el mismo, porque la gracia había cruzado su umbral. La sanidad fue el milagro visible; la conversión del corazón, el invisible. Pedro predicó arrepentimiento, y el eco de sus palabras aún recorre los siglos. En la Puerta Hermosa se abrió otra puerta —la del Reino— y nadie la ha podido cerrar. Gracias por acompañarme en este viaje al

corazón de Hechos capítulo 3. Nos escuchamos en el próximo episodio... y mientras tanto: ¡anda, salta y alaba!

Capítulo 4

¡Bienvenidos a otro episodio! Hoy viajamos a Jerusalén, al corazón mismo de una revolución espiritual. No hay pancartas, no hay discursos políticos... pero sí hay fuego. El fuego del Espíritu. Y en el centro de todo, dos hombres comunes, sin títulos ni trajes de gala, que están a punto de encender una llama que ni los poderosos del templo podrán apagar. Pedro y Juan. El templo está lleno. Hay miradas curiosas, algunas molestas. Pedro acaba de sanar a un hombre cojo de nacimiento —¡milagro puro! — y ahora la gente lo rodea, maravillada. Pero... no todos están contentos. Los saduceos, guardianes del “orden religioso”, fruncen el ceño. (Con ironía ligera) —“¿Resurrección de los muertos? ¡Eso no va con nuestro reglamento!”— Y sin más... los arrestan. Pedro y Juan pasan la noche en prisión. Pero no están solos... hay una Presencia que llena la celda, una paz que no depende de paredes ni de barrotes. Al día siguiente, el tribunal está listo. Anás, Caifás, los líderes, los sabios del momento. Y al centro, los dos pescadores galileos. —**¿Con qué poder, o en qué nombre, han hecho esto?** La pregunta suena a trampa, pero Pedro sonríe. No por arrogancia... sino porque sabe la respuesta. —**Si nos interrogan por haber hecho el bien... que todos sepan que este hombre fue sanado en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien ustedes crucificaron, pero Dios resucitó de los muertos.** Y déjenme decirles algo: **en ningún otro hay salvación**, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en que podamos ser salvos. Silencio. Los sabios del templo no pueden creer lo que oyen. ¡Estos hombres no fueron a ninguna escuela de teología! Pero... hay algo en su voz, algo familiar. Sí, claro. **Habían estado con Jesús.** Y ahí, justo frente al tribunal, también está el hombre que fue sanado... ¡de pie! ¿Qué argumento puedes dar contra un milagro vivo? Ahí es donde se oye la voz de un anciano que dice: —**Esto se está saliendo de control...** Otro de su misma edad, añade: —**La gente los sigue, no podemos negarlo, ¡todos lo vieron!** Y allí es donde interviene el gran Caifás: —**Entonces... ¡que no hablen más de ese nombre!** Los vuelven a llamar y les dan la orden: “Prohibido hablar de Jesús.” Y Pedro, sin parpadear, responde: —**Juzguen ustedes si es justo obedecerles a ustedes antes que a Dios. Pero nosotros... no podemos callar lo que hemos visto y oído.** ¡Boom! Ni cárcel, ni amenazas, ni poder humano pueden apagar a un corazón encendido por el Espíritu. Pedro y Juan son liberados. Y lo primero que hacen no es esconderse, ¡sino reunirse con los suyos! Contaron todo lo ocurrido, y entonces... sucedió algo grandioso. —**Señor, tú que hiciste el cielo, la tierra y el mar... Mira sus amenazas, y concede a tus siervos valor para hablar tu palabra con poder. Extiende tu mano, Señor, para que sigan los milagros en el nombre de Jesús.** Y el lugar donde estaban... tembló. No de miedo, sino de poder. Todos fueron llenos del Espíritu Santo, y salieron a hablar... con valentía. Dice textualmente con denuedo. Denuedo es valentía, si, pero también significa **sin contaminaciones**. Y como si fuera poco, esa comunidad de creyentes vivía unida, con un corazón y un alma. Nadie decía: “Esto es mío”. Vendían lo que tenían, compartían, ayudaban, amaban. ¡Nadie pasaba necesidad! Así nació una familia espiritual, no un club religioso, sino una comunidad viva, donde la gracia era abundante. Y en medio de ellos, un hombre llamado Bernabé... “Hijo de Consolación”. Vendió su terreno, y lo puso a los pies de los apóstoles. Porque cuando el Espíritu toca el corazón, la generosidad se vuelve natural. Porque cuando el Espíritu toca el corazón, no necesitas manipular bolsillos o billeteras para que alguien apoye la obra de Dios. El capítulo cuatro de Hechos nos deja una lección brillante: no se trata de cuánto sabemos, sino de **con quién hemos estado**. Pedro y Juan no eran poderosos, pero habían estado con Jesús... y eso lo cambió todo. Así que, cuando la vida te ponga ante tu propio “concilio”, cuando te pidan callar tu fe o apagar tu luz, recuerda estas palabras: **“No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.”** Porque un corazón encendido... no se apaga. Esto fue una historia del libro de los Hechos que nos recuerda que la fe no se negocia, se vive. ¡Hasta el próximo episodio, y que el fuego del Espíritu siga ardiendo en ti!

Capítulo 5

Bienvenidos a otro episodio de nuestra serie sobre el libro de los Hechos. Hoy entramos al capítulo cinco... y créanme, no hay manera de aburrirse aquí. Este capítulo tiene de todo: una pareja que quiso jugar con fuego, una iglesia que ve milagros imposibles, y unos apóstoles que se niegan a callar... aunque les cueste la piel. Así que... ajusta tus sandalias, porque vamos al siglo primero, donde la fe era real, el Espíritu se movía, y las mentiras... se pagaban caro. Ananías y Safira acaban de vender una propiedad. ¡Negocio redondo! Pero en vez de entregar todo lo que habían prometido, deciden hacer una pequeña "reforma contable espiritual": "Total —piensan— nadie se va a enterar si guardamos un poquito para nosotros, ¿no?" Entonces aparece Pedro, que con voz firme dice: **Ananías... ¿por qué dejaste que Satanás llenara tu corazón para mentirle al Espíritu Santo? ¿No podías quedarte con el dinero si querías? ¡No has mentido a hombres, sino a Dios!** Silencio. Un segundo después... **Ananías cae al suelo.** La noticia corre como pólvora santa. Y tres horas después, llega Safira. Nuevamente Pedro toma control de la situación y le pregunta a Safira: Dime, ¿vendieron la propiedad por tal precio? Ella le responde sin dudar: Sí, por ese precio. Pedro se indigna y pregunta casi con amargura: **¿Por qué se pusieron de acuerdo para tentar al Espíritu del Señor? Mira... los que enterraron a tu esposo están en la puerta, y vienen por ti.** Se escucha un golpe seco y sordo de un cuerpo contra el suelo. Y así... Safira cayó también. No fue castigo caprichoso, sino un llamado poderoso: Dios no se toma a la ligera la falsedad en lo espiritual. La comunidad entera tembló, literalmente, ante la presencia santa de Dios. Pero no todo fue tragedia. La iglesia, aunque asombrada, siguió creciendo. Pedro y los demás apóstoles estaban encendidos. Tantos milagros ocurrían que la gente sacaba a los enfermos a las calles... ¡con la esperanza de que al menos la sombra de Pedro los tocara! Una voz de mujer se oye elevada entre el murmullo general: ¡Rápido, pongan al tío Simón ahí! ¡Tal vez la sombra de Pedro pase sobre él! Y sí... la gente sanaba. El poder del Espíritu no tenía límites, y Jerusalén empezaba a volverse un lugar peligroso... ¡para los que no querían oír hablar de Jesús! Los líderes religiosos, los saduceos, estaban verdes de celos. **“¡Basta ya de estos predicadores de milagros!”**, gritan. Así que los arrestan y los meten en la cárcel pública. Pero... a medianoche, ¡sorpresa divina! Aparece un ángel que con voz calmada y poderosa dice: **Levántense. Vayan al templo y anuncien al pueblo todas las palabras de esta vida.** ¡Y así de simple! Puertas abiertas, guardias dormidos, y al amanecer, los apóstoles están otra vez predicando como si nada hubiera pasado. Los sacerdotes, por su parte... estaban *en shock*. Uno de ellos, desaforado grita: ¡La cárcel estaba cerrada, los guardias en su lugar... pero los prisioneros no están! ¿Dónde se metieron? Llega un mensajero, jadeando por el esfuerzo y responde: **¡Están en el templo! ¡Predicando otra vez!** Los vuelven a arrestar, pero esta vez... con mucho cuidado, porque el pueblo los defiende. El sumo sacerdote, muy exaltado vocifera: **¿No les prohibimos enseñar en ese nombre? ¡Han llenado Jerusalén con su doctrina!** Y allí aparece nuevamente Pedro, que con una voz firme cargada de autoridad, dice: **Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. Jesús, a quien ustedes colgaron en un madero, fue levantado por Dios como Salvador. Nosotros somos testigos... y también el Espíritu Santo.** El consejo hierve de furia. Quieren matarlos. Pero entonces, se levanta un hombre sabio: Gamaliel. Con voz pausada y reflexiva dice: **Escuchen... si esta obra es humana, morirá sola. Pero si es de Dios, no podrán destruirla. No sea que terminen luchando contra Dios mismo.** Silencio en la sala. Y finalmente... deciden soltarlos. Eso sí: con azotes y una advertencia. Y los apóstoles... salen gozosos. Sí, gozosos. Felices de haber sido considerados dignos de sufrir por causa del Nombre. Y desde entonces, cada día, en el templo y en las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo. En suma: Ananías y Safira intentan hacer trampa con una donación, pero Pedro tiene un detector de mentiras versión Espíritu Santo. Ambos acaban muertos por mentir... no era buena idea jugar con fuego divino. La comunidad entra en pánico: la honestidad se vuelve tendencia instantánea. Los apóstoles hacen milagros a lo loco; hasta la sombra de Pedro sana gente —¡ni el mejor influencer logra eso! El Sanedrín, celoso, decide arrestarlos (otra vez... ya parece costumbre). Un ángel los saca de la

cárcel sin romper un solo candado —Netflix debería hacer serie de eso. Ellos, obedientes, vuelven a predicar justo donde los prohibieron (rebeldes con causa divina). El Consejo los interroga: “¿No les dijimos que no hablaran de Jesús?”. Ellos responden: “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres”. Zas. Gamaliel, el sabio, aconseja calma: “Si esto es de Dios, no lo detendrán ni con todo el Sanedrín”. Los apóstoles se van felices, aunque apaleados, por haber sufrido “por el Nombre”. ¡Y siguen predicando sin pausa ni miedo! Si hubiera editado un periódico en ese lugar y en ese tiempo, algunos de mis titulares hubieran sido estos: “Mentiras mortales, milagros masivos y fuga angelical: los apóstoles desafían al Sanedrín en Jerusalén” “Pareja cae fulminada por fraude espiritual: Pedro y su sombra sanan mientras los apóstoles escapan por obra divina” “Ananías y Safira mienten y pagan caro; ángeles abren cárceles y el Sanedrín pierde la paciencia” “Apóstoles liberados por ángel, desafían prohibición y siguen viralizando el nombre de Jesús” Este capítulo nos recuerda tres cosas poderosas: **La autenticidad importa**. No se trata de aparentar espiritualidad, sino de vivir con corazón sincero. **El poder de Dios no se detiene**. Ni cárceles, ni amenazas, ni el miedo pueden apagar la luz del Evangelio. **La obediencia a Dios está por encima de todo**. Porque cuando es Él quien envía, ninguna fuerza humana puede detener su plan. Así que, si hoy te sientes desanimado o temeroso de ser fiel... recuerda: Dios todavía abre puertas imposibles, sana corazones, y usa incluso nuestras sombras... para traer luz.

Capítulo 6

En Jerusalén, la iglesia crecía... ¡y crecía rápido! Tantos nuevos discípulos, tantos corazones encendidos... y claro, ¡Tantos platos que lavar! Porque sí, amigos, el Espíritu Santo había llegado... pero las tareas domésticas seguían ahí. Y entre los nuevos creyentes había dos grupos: los **hebreos** —los de “toda la vida”— y los **griegos**, esos recién llegados al barrio de la fe. Y ahí empezó el problema... Se escucha una voz griega que dice: ¡Oye, Pedro! ¡Nuestras viudas están siendo olvidadas en la repartición diaria! Una voz hebrea le responde: ¡No exageres! Solo se nos acabó el pan... otra vez. Murmullos, quejas, malentendidos... nada nuevo bajo el sol. Como si se hubieran adelantado en el tiempo. Los apóstoles, viendo que la cosa se complicaba, convocaron una reunión de emergencia. Entonces Pedro, con voz firme pero con muestras evidentes de cansancio, elige aplicar el humor: **Hermanos, no es justo que dejemos la Palabra de Dios... para servir mesas**. (No porque no queramos, ¿Eh? Pero si seguimos así, vamos a terminar predicando con un cucharón en la mano.) Entonces aparece Juan y dice: Así que... propongamos algo: **¡Elijan siete hombres de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría! Ellos se encargarán de esta tarea, mientras nosotros seguimos en la oración y en la Palabra**. Y a todos les pareció una idea brillante. Después de todo, ¿Quién no quiere tener un equipo de “súper servidores”? Eligieron a **Esteban**, un hombre lleno de fe y del Espíritu Santo; a **Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas, y Nicolás**, un converso de Antioquía. Siete hombres comunes, pero con un corazón extraordinario. Los apóstoles oraron por ellos y les impusieron las manos. Y el resultado fue asombroso: La Palabra de Dios seguía creciendo, los discípulos se multiplicaban... ¡y hasta muchos sacerdotes se unían a la fe! Pero mientras la iglesia florecía, las sombras se movían. Esteban —el mismo que servía mesas con alegría— también hacía **grandes prodigios y señales** entre el pueblo. Y eso... no les gustó a todos. Alguien, opositor naturalmente, casi vociferó: **¡Eh, tú! ¿Qué estás diciendo sobre Moisés? ¿Y ese Jesús del que hablas?** Esteban, sumamente tranquilo y con muestras más que evidentes de alta sabiduría le responde: **Solo comparto lo que el Espíritu me da... que en Jesús hay vida, libertad y verdad**. Pero los opositores no podían resistir su sabiduría ni el Espíritu con que hablaba. Así que... cambiaron de estrategia: sobornos, falsos testigos, acusaciones. La escena siguiente se traslada al tribunal. Entre pasos apresurados y murmullos de la gente, alguien dice: **¡Este hombre habla contra el templo y contra la ley! Dice que Jesús destruirá este lugar y cambiará las costumbres que Moisés nos dio**. El concilio entero miraba a Esteban... Y en medio de tanta hostilidad, algo extraordinario ocurrió. **Todos los que estaban sentados allí vieron su rostro... como el rostro de un ángel**. Este capítulo seis de Hechos nos recuerda que servir también es un acto espiritual. Que Dios usa manos que

reparten pan... para repartir su amor. Y que cuando el Espíritu habita en alguien, hasta su rostro puede reflejar el cielo. Así fue con Esteban: un hombre lleno de fe, sabiduría y gracia. Un servidor... que brilló con luz divina. Así que, si hoy te toca “servir mesas”, no te desanimes. Quizá estás más cerca de un milagro de lo que imaginas. Esto que hacemos aquí, de alguna manera, también es servir mesas. En conclusión: Se nos dice que la comunidad crecía, y que con el crecimiento también aparecieron los primeros roces. Las viudas de habla griega sentían que se las estaba dejando de lado. La injusticia, aunque pequeña, amenazaba la unidad del grupo. Los apóstoles comprendieron que no podían hacerlo todo. Servir mesas también era sagrado, pero su misión principal era la Palabra. Decidieron repartir responsabilidades, no poder. Buscaron hombres de buen testimonio, sabiduría y llenos del Espíritu. La comunidad eligió a siete; el primero, Esteban. Lo presentaron a los apóstoles, y ellos oraron e impusieron sus manos. Así nació el ministerio del servicio, semilla de lo que hoy llamamos diaconado. Cuando todos sirven, nadie se queda atrás. La Palabra siguió creciendo; la organización multiplicó la gracia. Hasta muchos sacerdotes se unieron a la fe. Esteban, lleno de poder y de fe, empezó a hacer maravillas entre el pueblo. Pero donde florece la verdad, también brota la oposición. Algunos discutían con él, pero no podían resistir su sabiduría. Entonces recurrieron a la mentira, arma vieja del miedo. Lo acusaron falsamente de hablar contra el templo y la ley. Lo arrastraron ante el consejo, como a Jesús antes que él. Las mentiras resonaban, pero su rostro brillaba como el de un ángel. En medio de la hostilidad, su paz era su defensa. La comunidad aprendía: servir no te libra del conflicto. El que brilla en la verdad, incomoda a la oscuridad. Esteban no buscaba protagonismo, solo fidelidad. Dios no necesita multitudes; necesita corazones dispuestos. Los apóstoles aprendieron que la administración también puede ser espiritual. El Espíritu no solo habla en el templo, sino en la distribución del pan. El conflicto se volvió oportunidad para crecer en sabiduría. La fe madura cuando se organiza sin perder el fuego del amor. Así, entre mesas y milagros, la Iglesia aprendía a ser cuerpo. Siete hombres, una comunidad en expansión, y un rostro que brilló con la luz del cielo. Hechos 6... ¡Una historia de servicio, fe y Espíritu!

Capítulo 7

Dicen que hay momentos en la vida donde uno tiene que hablar... aunque duela, aunque incomode, aunque cueste todo. Y si alguien supo hacerlo, fue Esteban. Hoy viajamos al capítulo 7 del libro de los Hechos: el discurso más valiente, la defensa más profunda, y la despedida más luminosa de toda la Biblia. Y entonces otra vez la historia se nos traslada a un antiguo tribunal. Murmullo de la multitud, expectativa, en la suma, un juicio que a todas luces parece perdido antes de iniciarse. Imagina la escena: un joven llamado Esteban, rodeado por los líderes religiosos más poderosos del momento. El sumo sacerdote le lanza una pregunta directa, con voz muy seria y con contundencia, le pregunta a Esteban: **“¿Es esto así?”** ¿Y qué hace Esteban? No contrata abogado, no busca atajos, no llora ni huye. Se levanta, respira hondo... y comienza a contar una historia. ¡Pero no cualquier historia! ¡La historia de todo un pueblo! Esteban recorre la historia como quien pasa las páginas de una Biblia gigante. Empieza con Abraham, el hombre que escuchó a Dios decirle: **“Sal de tu tierra y ve al lugar que te mostraré.”** Y Abraham se fue... sin GPS, sin Waze, sin saber a dónde iba. Pero creyó. Y así comenzó una historia de promesa, fe y también sufrimiento. Luego Esteban recuerda a José, el muchacho de los sueños y del abrigo multicolor. Sus hermanos lo vendieron por envidia, pero Dios... ¡Dios estaba con él! Y lo que parecía una traición terminó salvando a toda una nación del hambre. Porque así es Dios: convierte la envidia en propósito, y el dolor en semilla. Después, entra en escena Moisés: el bebé rescatado del Nilo, el príncipe fugitivo, el pastor convertido en libertador. Dios lo llama desde una zarza que ardía sin consumirse. Y le dice: **“Quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra santa.”** Moisés fue enviado a liberar al pueblo. Pero —y aquí viene el golpe— Esteban recuerda que el mismo Moisés fue rechazado por sus hermanos. Le dijeron: **“¿Quién te puso a ti por juez sobre nosotros?”** ¿Les suena? Porque siglos después, cuando vino otro libertador —Jesús— también lo rechazaron. Esteban continúa su relato como quien arma un espejo delante de sus acusadores. Les recuerda cómo el

pueblo de Israel adoró un becerro de oro cuando Moisés tardaba en bajar del monte. ¡Un ídolo hecho por ellos mismos! Parece que el “hazlo tú mismo” también se aplicaba a la idolatría. Pero el punto no era burlarse. Esteban estaba diciendo: “Miren su historia. Cada vez que Dios envía salvación, ustedes la rechazan.” Y entonces, ya sin filtros, lanza la frase que retumba en el aire: **“¡Duros de cerviz! ¡Incircuncisos de corazón y de oídos! Siempre resistís al Espíritu Santo.”** Silencio. Tensión. La verdad dolió... y mucho. Los rostros de los líderes se deforman de ira. Crujen los dientes. Pero Esteban... mira hacia arriba. Y ve algo que nadie más ve: **“¡Veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios!”** Jesús, normalmente descrito como sentado, aquí está **de pie**... como quien se levanta para recibir a su testigo. Entonces lo arrastran fuera de la ciudad. Las piedras comienzan a volar. Y mientras su cuerpo cae, su alma se eleva. **Esteban ora: “Señor Jesús, recibe mi espíritu.”** Y luego añade, con la misma compasión de su Maestro: **“Señor, no les tomes en cuenta este pecado.”** Y así... se durmió. No fue derrota. Fue victoria. No fue final. Fue el comienzo de algo que cambiaría la historia... Porque entre los que sostenían las ropas estaba un joven llamado **Saulo**. Y esa semilla de fe, regada con piedras, florecería en gracia. Recapitulamos: Esteban toma la palabra y el cielo se queda en silencio. No habla para ganar aplausos, sino para abrir corazones cerrados. Empieza con Abraham, el amigo de Dios que viajó sin GPS. “Sal de tu tierra”, y Abraham salió sin preguntar cuántas estrellas valían la pena. Promesas sin mapa, fe sin manual de instrucciones. Luego José, vendido por sus hermanos pero ascendido por el Altísimo. Porque a veces el foso es la antesala del trono. Moisés entra en escena, versión bebé flotante en el Nilo. Adoptado por una princesa, graduado en humildad por el desierto. El arbusto ardía, pero no se consumía: un Wi-Fi divino sin desconexión. “Quítate las sandalias”, dice la voz. Santo terreno, pies descalzos, alma despierta. Moisés libera, el pueblo se queja; el ciclo eterno de la ingratitud. Dios les da el tabernáculo: tienda portátil de Su presencia. Pero ellos querían un becerro dorado, el ídolo de las prisas. Esteban conecta los puntos: la historia no es pasado, es espejo. Los profetas avisaron; el pueblo los canceló antes que existiera Twitter. “Ustedes resisten al Espíritu como sus padres”, suelta Esteban sin anestesia. No era discurso de cortesía; era cirugía del alma. Los oyentes se tapan los oídos: cuando la verdad duele, el silencio grita. Esteban mira al cielo y ve lo que otros no quieren mirar. Jesús de pie, no sentado: recibiendo a su testigo con honor. Las piedras vuelan, pero la gloria desciende. Esteban cae, pero no maldice; pide perdón por los que le apedrean. En su último suspiro, se parece tanto a su Maestro. El cielo lo abraza; la tierra se queda con Saulo tomando notas. Fin del discurso, comienzo de una revolución espiritual. Un mártir no muere: siembra. Un corazón lleno del Espíritu no discute: ama. Esteban no perdió la vida, la entregó en plenitud. Y el eco de su voz aún resuena: **“Mira más alto; hay un Reino esperándote de pie.”** Hoy no vivimos bajo piedras, pero sí bajo presiones. Tal vez no te apedrean con rocas, pero te lanzan críticas, burlas o indiferencia. El mensaje de Esteban sigue vivo: Mantén tu mirada en el cielo, incluso cuando el suelo tiembla. Habla la verdad, aunque cueste. Perdona, aunque duela. Y cree que Jesús **no te deja solo**, que Él también se levanta para recibirte en cada batalla. Porque cuando los cielos se abren, el miedo se cierra. Y el amor —como el de Esteban— nunca muere. Una historia de valentía, fe y esperanza que sigue inspirando hoy. Porque el Espíritu Santo no se apaga con piedras... se enciende en corazones dispuestos.

Capítulo 8

Jerusalén está en caos. Las calles están llenas de miedo... y de fe. Esteban, el primer mártir cristiano, acaba de morir. Y un joven llamado **Saulo**, con una mirada más dura que el granito, va casa por casa, arrastrando a hombres y mujeres que el único delito que han cometido, ha sido el de confesar a Jesús. ¡Sí! El mismo Saulo que luego escribiría media Biblia todavía anda con credencial de perseguidor oficial. Pero aquí está lo curioso: mientras él intenta apagar el fuego del evangelio... lo único que logra es ¡Avivarlo más! Lo entiendo no sabes cómo. Mis mejores producciones han sido creadas luego de las peores críticas. Porque los que huyen de Jerusalén no van llorando ni quejándose... van **predicando**. El evangelio se convierte en un mensaje nómada: ¡Si los persiguen en un lugar, florece en otro! Y entre esos predicadores

fugitivos está **Felipe**, que llega a **Samaria**. Sí, Samaria, ese lugar con el que los judíos no se llevaban nada bien. Imagínate: es como si un hincha de River fuera a predicarle a los de Boca... y lo escucharan. Perdón por esa comparación tan frívola, pero mis hermanos argentinos, por más duros que sean, la entendieron. Felipe empieza a hablar de Jesús... Y la gente **escucha, cree y se sana**. Los cojos caminan, los poseídos son libres, y por primera vez en mucho tiempo, ¡hay alegría en Samaria! Pero claro... donde hay poder de Dios, también aparece el que quiere usarlo como truco de feria. Eso ha existido desde las más remotas antigüedades bíblicas hasta este hoy de modernísimas redes e inteligencias artificiales. Creo que no te lo tengo que denunciar o mostrar claramente para que lo veas. Tienes que haber visto a uno, por lo menos, estoy seguro. Y allí, entonces, es donde entra en escena **Simón el Mago**. Un tipo famoso, influencer local. Tenía a todo el pueblo convencido de que él era “el gran poder de Dios”. Hasta que llega Felipe con señales de verdad. Y Simón... ¡queda atónito! Tanto que se convierte y se bautiza. Pero... todavía tiene alma de empresario: cuando ve que los apóstoles imponen manos y la gente recibe el Espíritu Santo, dice: —**Eh... Pedro, Juan... ¿cuánto cuesta ese poder? Les hago una transferencia**. El que le responde de inmediato es Pedro que con voz firme le dice: —**Tu dinero perezca contigo. Porque el don de Dios no se compra**. ¡Boom! Pedro le da una lección que atraviesa los siglos: **El poder espiritual no se adquiere, se recibe**. No es negocio, es **gracia**. Y donde hay orgullo, el Espíritu no fluye. Por es que en tantas ocasiones, una gran mayoría de nosotros se ha visto decepcionado cuando, en alguna campaña de milagros, no sucede absolutamente nada. ¡Hasta la fe te hace perder la vanidad humana! Pero la historia no termina ahí. Felipe vuelve a moverse. El Espíritu Santo le dice: —**Felipe, ve hacia el sur**. Y él obedece. Sin saber adónde, sin GPS, sin agenda... solo guiado por Dios. Y en medio del desierto, se encuentra con un carruaje de lujo. Allí viaja un funcionario etíope, ministro de economía de su reina. Un hombre culto, sincero, leyendo en voz alta al profeta Isaías. Felipe, casi te diría que con cierta curiosidad mezclada con incredulidad, le pregunta: —**¿Entiendes lo que lees?** El moreno eunuco lo mira con una chispa de interés y le responde: —**¿Cómo voy a entender si nadie me explica?** Y así, en pleno camino polvoriento, Felipe se sube al carro y le explica... que aquel Cordero llevado al matadero es **Jesús**, el que murió por amor y resucitó con poder. El corazón del eunuco se enciende. Y al ver agua a un costado del camino, dice: —**¡Aquí hay agua! ¿Qué impide que yo sea bautizado?** Aquí es donde parte de mi formación inicial casi me juega una mala pasada, y esperé que Felipe le respondiera que no, que primeramente debía realizar un curso de cinco meses, para luego recién pasar por un examen de la Junta de Vejestorios Notables de la iglesia y ver si estaba apto para el bautisterio. Pero no, para mi sorpresa religiosa, la respuesta de Felipe es simple y concreta: —**Si crees de todo corazón, puedes**. Listo hermanos de aquella denominación a la que tanto le agradezco mis primeros años, pero que en esto se quedaban cortos por tradición y metodología humana. Es así como dice Felipe. Si CREES DE TODO CORAZON. Obvio que el eunuco responde casi dando un brinco: —**¡Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios!** Lo siguiente no tiene relato, pero te puedes imaginar algunos sonidos de agua, chapoteo, silencio reverente. Y allí, en medio de la nada, nace un nuevo creyente. El desierto se convierte en santuario. La obediencia de uno alcanza a otro que llevará el evangelio hasta África. Qué ocurre a continuación no está relatado, pero no cuesta nada imaginar que luego del bautismo el eunuco y Felipe se quedaron dialogando largamente. Y de pronto, ¡zas! Felipe desaparece, arrebatado por el Espíritu. El eunuco sigue su camino... gozoso. Siempre me llamó mucho la atención como ese eunuco ve desaparecer a quien acaba de bautizarlo y no se asombra ni se impacta. Simplemente sigue su viaje como si nada hubiera ocurrido. En apariencia, esta historia concluye aquí, pero la de Felipe no. Porque Felipe reaparece en otra ciudad, predicando otra vez. Porque cuando el Espíritu toma el control, no hay fronteras ni planes estáticos. Solo movimiento, Hechos 8 es la historia de un Dios que transforma la persecución en expansión, la tristeza en misión, y los desiertos en escenarios de encuentro. Hoy, quizás tú también sientas que estás “esparcido”, que la vida te movió de lugar o te sacó de tu zona cómoda. Pero escucha: **no estás perdido... estás enviado**. Cada conversación, cada encuentro, cada camino desértico puede ser el lugar donde el Espíritu te use para encender otra vida. Así que... levántate, y ve hacia donde el Espíritu te guíe. Porque cuando el evangelio se pone en movimiento, ¡nada lo detiene! Esto debiera haberse titulado “**Cuando el evangelio se pone en movimiento**”,

una mirada viva a Hechos capítulo 8. Nos escuchamos en el próximo episodio... ¡y que el gozo del Señor te acompañe donde sea que Él te envíe!

Capítulo 9

—Había una vez un hombre que respiraba odio... sí, literal: **respiraba amenazas y muerte**. Se llamaba **Saulo de Tarso**, un tipo inteligente, apasionado, religioso... y convencido de que los seguidores de Jesús eran una plaga peligrosa que se debía eliminar. Imagina su rostro: ceño fruncido, cartas de arresto en la mano, mirada decidida rumbo a Damasco. Si existiera “X”, o la ex Twitter en esa época, su biografía diría: **“Cazador oficial de cristianos. Defensor de la ley. Sin filtros.”** Caminaba con sus hombres bajo el sol de Siria, rumbo a Damasco, (Al caballo te lo debo porque la Biblia no menciona cabalgadura) cuando de repente... ¡BOOM! Una luz del cielo lo envuelve como mil relámpagos en un solo instante. Cae al suelo, cegado, confundido... y entonces escucha una voz que no se sabe de donde sale, pero que es como si estuviera en todas partes el mismo tiempo. —**Saulo, Saulo... ¿por qué me persigues?** A ver; cuando lo leemos en la Biblia casi no le damos entonación, como a casi todo lo que está escrito allí. Eso es parte de nuestra natural incredulidad carnal. Pero tranquilamente, si usas un poquito tu imaginación, hasta puedes ver la carita de Pablo cuando queda desparramado en el suelo. Y con un hilo de voz, pregunta: —**¿Quién eres, Señor?** Y fíjate que lo llama “Señor”. No porque haya discernido quien era, sino por causa de percibir una enorme autoridad en esa voz. La respuesta lo deja más desparramado que antes. —**Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Dura cosa te es dar coces contra el aguijón.** ¿Coces?, o sea “Puntapiés? ¿Patadas? ¿Contra qué aguijón? Los estudiosos han hecho un certamen con este pasaje y esa respuesta. Respeto a todos y a todo, pero en mi sentir está que ese aguijón era la rebeldía por incredulidad en aceptar a Jesús como Mesías. Solo le sigue un profundo y casi estruendoso silencio. Un segundo antes, Saulo creía tener todas las respuestas. Ahora... ni siquiera puede ver. La caída lo dejó ciego de la única visión que hasta allí tenía, la natural y física. Los hombres que lo acompañan lo toman de la mano —sí, el poderoso perseguidor guiado como un niño— y lo llevan a Damasco. Tres días sin ver, sin comer, sin beber. Tres días a solas con su conciencia, con su culpa, con esa voz que no puede olvidar. ¿Estás prestando atención a lo que digo? ¡Tres días así! En una dura y encarnizada guerra contra su propia religiosidad y con la clásica y legendaria rebeldía de aquellos que se ponen tercicos para aceptar lo que es sí o sí La Verdad. Mientras tanto, en Damasco, hay otro personaje: **Ananías**. Un discípulo tranquilo, de esos que oran por las noches sin buscar fama. Y el Señor le habla en visión. —**Ananías. - —Aquí estoy, Señor. - —Ve a la calle llamada Derecha, busca a Saulo de Tarso. Está orando. He mostrado que tú le pondrás las manos para que recobre la vista. - —¿Perdón? ¿Saulo? ¿El mismo que tiene licencia para arrestarnos a todos? Señor, con todo respeto... ¿no será una trampa?** Jesús no se inmuta y con ternura y comprensión, pero con firmeza le responde: —**Ve. Porque instrumento escogido me es este, para llevar mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel.** Ananías obedece. Entra en aquella casa. El ambiente es tenso. Saulo, todavía ciego, espera. Ananías se acerca, pone las manos sobre su cabeza y dice con ternura: —**Hermano Saulo... el Señor Jesús, que se te apareció en el camino, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo.** Y entonces... ¡algo increíble! De los ojos de Saulo caen como escamas, y ve de nuevo. Pero lo más grande no fue recuperar la vista... sino ver, por primera vez, con el corazón. Se levanta. Se bautiza. Come un poco. Y recupera fuerzas. Pequeño paréntesis: ¿Te das cuenta qué y cómo era el bautismo en ese tiempo? Y ahora sí: el perseguidor se convierte en predicador. ¡Y qué predicador! Saulo entra a las sinagogas y proclama con pasión: La gente no puede creerlo. “¿No es este el mismo que nos quería arrestar? ¿Qué pasó? ¿Le cambiaron el chip?” Pero no, no era un cambio superficial. Era una transformación total. De cazador a testigo. De enemigo a hermano. Claro, no todos estaban felices. Algunos judíos planeaban matarlo. Pero sus nuevos hermanos lo ayudaron a escapar, bajándolo de noche en una canasta por el muro de la ciudad. Sí, el valiente Saulo... huyendo en canasta. (¡Dios tiene sentido del humor!) Llega a Jerusalén, pero los discípulos tienen miedo. Y quién los

culpa: hace poco ese nombre inspiraba terror. Hasta que aparece un hombre clave: **Bernabé**. El “hijo de consolación”. El que ve lo que otros no ven. Lo toma del brazo, lo presenta ante los apóstoles y cuenta su historia. Y así, Saulo —el que una vez destruyó— empieza a edificar. A hablar con valentía. A llevar el nombre de Jesús más allá de las fronteras. Desde ese día, el cristianismo dejó de ser solo un movimiento local. Con Saulo —o mejor dicho, **Pablo**— el Evangelio comenzó a cruzar mares, culturas, idiomas y siglos. Porque cuando Dios toca a alguien, no solo cambia su destino... cambia el mundo alrededor. ¡Lo hizo conmigo! De acuerdo, yo no era un perseguidor de cristianos ni un asesino despiadado, pero tampoco era una carmelita descalza sin pecado concebida, ¿Se entiende? ¡Y aquí me tienes! Por la bendita gloria de Su Nombre, no por otra cosa. Tal vez tú también vas por tu propio camino de Damasco. Persiguiendo tus metas, tus certezas, tus planes... Hasta que una luz te detiene y te dice: “Yo soy Jesús. No te resistas. Te tengo un propósito mayor.” La historia de Saulo nos recuerda que nadie está tan lejos como para no ser alcanzado, y que las cicatrices del pasado pueden volverse señales de gracia. Porque el mismo Dios que derribó a Saulo... es el que hoy te levanta a ti.

Capítulo 10

Este pasaje de Hechos 10, que hoy te estoy compartiendo, es riquísimo: tiene tensión narrativa, humor sutil, un gran giro teológico y una profundidad espiritual impresionante. En la costa del Mediterráneo, donde el mar canta y el sol brilla sobre las murallas de Cesarea, vivía un hombre llamado Cornelio. Un centurión romano —es decir, un tipo con poder, disciplina y un casco brillante—, pero con un corazón diferente. Cornelio era un soldado que oraba. Sí, un hombre del imperio que hablaba con el cielo. Daba limosnas, ayudaba a los pobres, y aunque era romano, había aprendido a temer al Dios de Israel. Y un día, mientras oraba, la frontera entre el cielo y la tierra se abrió. Un ángel entró en su habitación y lo llamó por su nombre: —**Cornelio**. Cornelio, medio temblando —porque, seamos honestos, nadie recibe un ángel sin que se le acelere el corazón, además de caérseles las medias y todo lo que tenga elástico, —, preguntó: —**¿Qué es, Señor?** Y el ángel le dijo: —**Tus oraciones y tus obras han subido como un perfume delante de Dios. Ahora envía a unos hombres a Jope, y trae a un tal Simón, apodado Pedro**. Así que Cornelio, sin entender del todo, pero obedeciendo con fe, mandó a tres hombres a buscar a Pedro. Mientras tanto, en Jope, Pedro estaba... ¡con hambre! Sí, el gran apóstol Pedro, el del Pentecostés, el que había sanado enfermos y predicado con poder, ahora lo único que quería era... ¡comer! Sube a la azotea para orar —y quizá para oler lo que estaban cocinando abajo—, y justo ahí, entre el hambre y la oración, ¡le da un éxtasis! Ve el cielo abrirse, y un lienzo gigante bajar como una sábana de picnic celestial, llena de animales de todo tipo: vacas, serpientes, camellos, lagartijas... y probablemente un par de cosas más, de esas que uno no quisiera ver en el plato. Y una voz le dice: —**¡Levántate, Pedro, ¡mata y come!** Mata y come. Problemón para veganos y vegetarianos esta palabra, pero así está escrita. Pedro, con el mismo tono que uno pone cuando el mesero te trae algo que no pediste, responde: —**¡Señor, no! ¡Jamás he comido nada impuro!** Pedro en una rara mezcla de modernismo siglo veintiuno y ley mosaica. Pero la voz insiste: —**Lo que Dios limpió, no lo llames tú impuro.** ¡Tomá! ¡Comete esa mandarina! ¡Mira la respuesta que le dio! Le faltó decirle: ¿Se te ofrece algo más, Pedrito? Tres veces se repite la escena. Tres veces, como si Dios le dijera: “Pedro, esto no es un error de menú. Es una nueva manera de ver el mundo.” Pedro queda perplejo. No sabe si tiene hambre o una revelación teológica. Y justo en ese momento, tres hombres llaman a la puerta. El Espíritu le murmura con suavidad: **Pedro, tres hombres te buscan. Ve con ellos. Yo los envié**. Pedro baja, los saluda, escucha que vienen de parte de Cornelio, y los invita a pasar la noche. Ya al día siguiente, parten juntos hacia Cesarea. Cornelio, mientras tanto, había reunido a su familia, amigos, vecinos, hasta el panadero del barrio, todos ansiosos por escuchar lo que Dios iba a decir. Cuando Pedro llega, Cornelio, emocionado, se arrodilla. Pero Pedro, medio incómodo, lo levanta y le dice con una sonrisa: —**Eh, levántate, que yo también soy solo un hombre**. ¡Como me gustaría que algunos homrecitos que he conocido hubieran sido capaces de decir algo así? Y

además respetarlo. Pedro mira a la multitud y dice algo que hasta ese momento ningún judío habría dicho: **—Ustedes saben que no está bien que un judío entre en casa de un extranjero... pero Dios me ha mostrado que a nadie debo llamar impuro o común.** ¡Tomá! ¡Otra flor de mandarina! Pero esta dedicada al movimiento fariseo de América Latina. Y entonces Cornelio cuenta su visión. Y Pedro comprende. El mensaje del Evangelio no es solo para unos pocos, no tiene pasaporte, ni fronteras, ni tradiciones que lo encierren. Dios no hace acepción de personas. Y finalmente, con un hilo de voz, Pedro dice: **Ahora entiendo... en toda nación, Dios acepta al que le teme y hace lo justo.** Y Pedro predica. Habla de Jesús de Nazaret: Ungido con poder, que sanó, que liberó, que fue crucificado, y que resucitó al tercer día. El Señor de todos. Y mientras aún hablaba —sin altar, sin coro, sin protocolo— el Espíritu Santo descendió sobre todos los que escuchaban. ¡Los gentiles! ¡Los extranjeros! ¡Los “no permitidos”! Los discípulos judíos que habían venido con Pedro se quedaron... ¡boquiabiertos! Dios estaba derramando su Espíritu sin pedirles cambiar de nacionalidad, sin exigirles circuncisión ni pergaminos religiosos. Y Pedro, sonriente, casi divertido por la sorpresa divina, dijo: **—Bueno... si Dios ya los bautizó con su Espíritu, ¿quién soy yo para negarles el agua?** Doble contra sencillo, pregunto: ¿Cuántos lugares cristianos que se diga algo así has conocido? Te confieso que yo muy pocos. Y ese día, en Cesarea, nació algo nuevo: La Iglesia que abraza a todos. La comunidad sin muros El amor que no discrimina. A veces Dios tiene que hacernos ver visiones, o cerrar nuestros esquemas con un lienzo desde el cielo, para recordarnos que su gracia es más grande que nuestras categorías. Porque lo que Dios limpió... No lo llares tú impuro. Y así, entre un soldado romano y un pescador judío, el Evangelio aprendió a hablar en todos los idiomas del corazón.

Capítulo 11

Bienvenidos a otro episodio de Tiempo de Victoria en modo dinámico y despojado de solemnidades religiosas. Hoy nos vamos al capítulo 11 del libro de los Hechos. aquí Pedro se mete en un lío **teológico y cultural** del tamaño del Monte Sinaí. Todo empieza con una noticia bomba en Jerusalén: “¡Los gentiles también recibieron la palabra de Dios!” Sí, sí, esos **no judíos**, los que comían cerdo y usaban sandalias sin lavar... también estaban recibiendo el mensaje de Jesús. Y claro, los de la “vieja guardia” —los apóstoles más tradicionales— ponen el grito en el cielo: **“¡Pedro! ¿Qué andas haciendo comiendo con incircuncisos? ¡Eso es casi una traición nacional!”** Así que Pedro respira hondo... y dice: “Ok, déjenme explicarles paso a paso lo que pasó”. Y empieza su relato. Pedro estaba en Jope, orando tranquilito, cuando ¡pum! tiene una visión: Un gran lienzo baja del cielo como una sábana celestial con animales de todo tipo. Imagina el zoológico de Dios en versión picnic: leones, serpientes, chanchos, gallinas... todo junto. Y escucha una voz: **“Levántate, Pedro, mata y come.”** Pedro se escandaliza: **“¡Señor, jamás he comido nada impuro!”** Y la voz, con toda la calma divina, le responde: **“Lo que Dios limpió, no lo llares tú impuro.”** Tres veces se repite el show. Porque, seamos honestos, a veces Dios tiene que repetir las cosas hasta que entendamos... ¿te suena? Y justo cuando el lienzo desaparece, ¡tocan la puerta! Tres hombres llegan desde Cesarea buscando a Pedro. El Espíritu le dice: “Anda con ellos, sin dudar.” Pedro obedece. Y allá va, con seis hermanos más, a casa de un tal Cornelio —un centurión romano, ni más ni menos. Cornelio les cuenta que un ángel se le apareció y le dijo: **“Manda por un tal Simón Pedro, que te hablará de cómo tú y tu casa serán salvos.”** Pedro empieza a predicar, y antes de que termine el primer punto del sermón... ¡Boom! El Espíritu Santo cae sobre todos los presentes. Así, sin altar, sin bautismo previo, sin permiso de Jerusalén, sin autorización de la Junta de Notables Cabezones de la Denominación. Dios se salta todo el protocolo religioso y hace descender su Espíritu sobre los gentiles igual que sobre los apóstoles al principio. Pedro se queda mirando y piensa: “Si Dios les dio el mismo don que a nosotros... ¿quién soy yo para estorbarle?” Y esa frase debería grabarse en piedra: **“¿Quién soy yo para estorbar a Dios?”** Porque cuántas veces tratamos de ponerle fronteras al amor divino, como si Dios necesitara nuestro filtro. Cuando Pedro termina su relato, los críticos se quedan mudos. Ni una objeción. Solo una conclusión: **“¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!”** Así, con una simple

comida entre “impuros”, el Evangelio se abre al mundo entero. Dios no tiene favoritos. Tiene familia. Mientras tanto, la historia se sigue moviendo. Los creyentes que habían huido por la persecución de Esteban llegan hasta Antioquía —una ciudad cosmopolita, llena de griegos, comerciantes y templos. Y ¿qué hacen? Pues empiezan a hablar de Jesús también a los no judíos. Y sorpresa... ¡la gente cree! Antioquía se convierte en un hervidero de fe. Jerusalén, al oírlo, envía a Bernabé a investigar. Pero Bernabé no va con cara de auditor, sino con corazón de hermano. Ve la gracia de Dios y se alegra. Anima a todos a permanecer fieles, y el texto dice que “una gran multitud fue agregada al Señor”. Bernabé, sabio, se da cuenta de que necesita refuerzos. Va a Tarso a buscar a Saulo —sí, el antiguo perseguidor— y lo trae a Antioquía. Juntos enseñan por un año entero. Y ahí, por primera vez, los seguidores de Jesús reciben un nuevo nombre: “Cristianos.” No “los del camino”, no “los nazarenos” ... Cristianos: los que se parecen a Cristo. No por su ropa, ni por su acento, sino por su forma de amar. Un profeta llamado Ágabo anuncia que vendrá una gran hambruna. ¿Y qué hacen los cristianos de Antioquía? No dicen “pues que Dios los ayude”. Cada uno da lo que puede, y envían ayuda a los hermanos de Judea por mano de Bernabé y Saulo. Así termina el capítulo 11. Un capítulo que empezó con barreras y terminó con puentes. Con sospechas... que se transformaron en solidaridad. Con una iglesia cerrada en sí misma... que aprende a abrir los brazos al mundo. Porque cuando el Espíritu Santo se mueve, ya no hay “nosotros” y “ellos”. Solo **hijos e hijas de un mismo Padre. Dios no tiene favoritos**. Y cuando digo esto no puedo evitar pensar cuantos hermanos fieles, sinceros, verdaderos hombres y mujeres de Dios han sido convencidos por los discursos de la religión estructural que sí, que Dios tiene favoritos y que son ellos, los de la iglesia o denominación tal o cual. No se puede seguir creyendo esta entelequia en pleno siglo veintiuno, es casi una falta de respeto. Pedro defiende con valentía la obra de Dios al contar cómo el Espíritu Santo descendió también sobre los gentiles, rompiendo toda barrera. La iglesia entiende que el amor de Cristo no tiene fronteras: ¡la salvación es para todos los que creen! En Antioquía, florece una comunidad ardiente, encendida por la gracia, que comparte y crece sin cesar. Bernabé llega lleno de gozo, alentando a todos a permanecer firmes en el Señor con corazón fiel. Junto a Saulo, enseña y fortalece a los creyentes: la fe se vuelve acción, el amor se hace visible. Y por primera vez, los discípulos son llamados *cristianos* —porque reflejan la luz viva de Cristo en todo lugar. Nos escuchamos en el próximo episodio, donde seguimos descubriendo que el Reino de Dios siempre llega... por caminos que no esperábamos.

Capítulo 12

Hoy viajamos al corazón de Jerusalén... donde un rey se cree todopoderoso, una iglesia ora sin descanso, y un apóstol duerme profundamente encadenado entre dos soldados. Sí, dormido. ¡Porque cuando confías en Dios, ni las cadenas te quitan el sueño! En ese tiempo, el rey Herodes decidió que ser cruel daba puntos políticos. Primero, mandó matar a Jacobo, el hermano de Juan... y al ver que a la multitud le gustó el espectáculo, pensó: “¡Vamos por Pedro también!” Y con toda la arrogancia del planeta tierra desplegada, dijo: “¡Si aplauden con Jacobo, van a ovacionar con Pedro!” Así que lo arresta durante los días de la Pascua, con **dieciséis soldados** vigilando. Cuatro grupos. Herodes no quería correr el riesgo de que Pedro hiciera otro de esos “milagros de fuga” tan de moda entre los apóstoles. Pedro está en prisión, esposado entre dos guardias, mientras la iglesia... ora. No un ratito, no una oración rápida antes de dormir. ¡Oraban sin cesar! “Señor, libéralo, protégelo, muéstranos tu poder...” Eso era lo que desde afuera se escuchaba. Y mientras tanto, ¿qué hace Pedro? Duerme, ¿Puedes creerlo? Sí, dormía. ¡El tipo tenía paz en medio del hierro! Una fe que descansa, literalmente. De pronto, una luz brillante invade la celda. Un ángel aparece. Pero Pedro... sigue dormido. El ángel le dice: “¡Pedro! ¡Levántate pronto!” El ángel no vino con dulzura celestial... ¡le da un codazo santo en las costillas! Las cadenas se sueltan solas. El ángel da instrucciones prácticas: “Ponte el cinturón, las sandalias, el abrigo... ¡y vámonos!” Pedro, medio dormido todavía no tiene ni la menor idea de lo que pasa a su alrededor. “¿Esto es real o estoy soñando otra vez con pescado asado en la playa?” Atraviesan la primera y la segunda guardia sin problema. Llegan a la gran puerta de

hierro... ..que se abre sola. ¡Automática, antes de existir la tecnología automática! Apenas doblan la esquina, el ángel desaparece. Pedro parpadea. Mira sus manos libres, la calle vacía...Y dice: **“¡Ahora sí entiendo! El Señor me envió su ángel y me libró de Herodes y de las expectativas de los hombres.”**Pedro corre hacia la casa de María, madre de Juan Marcos. Adentro, muchos siguen orando. Él toca la puerta. Una muchacha llamada Rode sale al escuchar unos golpes rítmicos en la puerta.. Súper emocionada, Rode casi grita: **“¡Esa es la voz de Pedro! ¡Está afuera!”**Pero en lugar de abrir... ¡corre a contarle a todos! **¡Estás loca, Rode!** Le dice uno de los discípulos. **Debe ser su ángel...**añade otro. Mientras tanto, Pedro sigue afuera, tocando. **¡Eh! ¡Abran que no quiero que me arresten otra vez!**Finalmente, abren. Lo ven. Y se quedan... ¡boquiabiertos! Increíble. ¡Estuvieron orando horas para que Pedro recuperara la libertad y, ahora que lo están viendo libres, casi se desmayan! Creyentes... **“Shhh... tranquilos. El Señor me sacó de la cárcel. Avisen a Jacobo y a los hermanos.”**Y se fue a otro lugar. No por miedo, sino por estrategia divina. Cuando amaneció, los soldados despertaron al desastre: ¡El prisionero más custodiado había desaparecido sin dejar huella! Herodes, furioso, los ejecutó. Y luego... se fue a Cesarea. Porque nada calma el ego herido como unas vacaciones en la costa. Aunque esos muchachos, si algo les sobraba, era contacto con la naturaleza. ¡Que privilegiados! Allí, Herodes se viste con ropas brillantes y se sienta en su trono para dar un discurso. El pueblo, adulador y temeroso, grita: **“¡Voz de Dios, y no de hombre!”**Herodes se sonríe, hinchado de su propia vanidad y murmura: **“Bueno... tal vez un poco de ambos.”** Modesto Herodes, le dicen. Faltó que dijera: No soy ególatra, ¡Lo juro por mí! Pero el cielo no comparte su gloria. Un ángel del Señor lo hiere. Y Herodes muere... comido de gusanos. El hombre que se creyó dios, terminó siendo comida de lombrices. Y mientras los poderosos caen, la Palabra del Señor crece. Pedro libre. La iglesia viva. La oración triunfante. Porque no hay cárcel, ni cadena, ni puerta de hierro... que pueda resistir al poder de un pueblo que ora y a un Dios que responde. Así que si hoy sientes que estás “encadenado”, recuerda: Dios todavía manda ángeles, todavía abre puertas, y todavía sorprende a los que dudan como Rode. Porque cuando Él actúa... ¡las cadenas caen, las puertas se abren, y la historia sigue avanzando! El poder del hombre cayó, pero la palabra de Dios creció y se multiplicó. Herodes se vistió de gloria terrenal, y fue deshecho por la voz del Altísimo. La oración del justo abrió las puertas de hierro y quebrantó las cadenas del siervo fiel. Donde el enemigo levantó su mano, el ángel del Señor extendió su luz. La Iglesia no temió, porque el Espíritu del Señor fue su defensa y su victoria. Y así, entre la espada y el milagro, el Reino se afirmó con poder eterno. Si te inspiró, compártelo. Y no olvides: **ora, confía y mantén el humor celestial encendido.**

Capítulo 13

Imagina una iglesia vibrante, llena de vida y de fe. No hay pantallas, ni micrófonos, ni luces LED... pero el Espíritu Santo está en pleno movimiento. Antioquía: una mezcla de culturas, acentos y corazones encendidos. Allí, un grupo de líderes ora, ayuna y sirve... y de pronto, el Espíritu habla. **“Aparten a Bernabé y a Saulo para la obra que tengo para ellos.”** Y así, sin grandes planes estratégicos ni presentaciones en PowerPoint, comienza el **primer viaje misionero de la historia cristiana**. Bernabé y Saulo (Sí, Saulo, quien pronto será más conocido como Pablo) suben a un barco rumbo a **Chipre**. Con ellos va **Juan Marcos**, un joven entusiasta que seguro empacó más cosas de las necesarias. Bernabé, entre risas, le dice: **—Juan, ¿de verdad trajiste tres túnicas? —¡Nunca se sabe! Por si refresca...**Esa fue la ficcionada respuesta del joven. En **Salamina**, predicán en las sinagogas. En **Pafos**, se topan con un personaje peculiar: un mago llamado **Elimas**, que intenta bloquear la fe del gobernador **Sergio Paulo**. Elimas, con síntomas de cierta presunción, opina: **—Bah, estos predicadores no saben nada. Yo tengo... ¡poderes!**El que le responde es Pablo, con llamativa seriedad. **—Tienes poderes, sí... pero del tipo equivocado.** Pablo, lleno del Espíritu Santo, lo mira fijo y ¡zas! Elimas queda ciego por un tiempo. No por venganza, sino para que entienda quién tiene el verdadero poder. Allí es cuando el gobernador Sergio Paulo, realmente impactado dice: **—¡Esto sí que es real! ¡Yo creo!** Y el primer convertido de este viaje no es un judío, sino un romano influyente. Así de inesperado trabaja Dios. Pero no puede sorprendernos,

eso. Con Jesús sucedió lo mismo. ¿Recuerdan al centurión que tenía su criado enfermo? ¡Lo puso como ejemplo de fe, Jesús! Y era romano. Desde Pafos navegan hacia **Perge, en Panfilia**. Pero aquí pasa algo... **Juan Marcos se vuelve a Jerusalén**. No sabemos por qué: tal vez el cansancio, el miedo o la nostalgia de casa. Bernabé da su impresión sobre esto cuando murmura: **—Bueno, cada uno tiene su ritmo...** Pablo asiente con la cabeza, pero igualmente les aclara: **—Seguimos. La misión no se detiene.** Y así llegan a **Antioquía de Pisidia**. En la sinagoga, Pablo es invitado a hablar. ¡Gran error si querías una charla corta! **—Hermanos, escuchen. Dios eligió a nuestros padres, liberó a Israel, les dio jueces, reyes, y finalmente levantó a David... un hombre conforme a su corazón.** Pablo hace un recorrido express por la historia de Israel, recordando cómo Dios ha sido fiel generación tras generación. Y luego, conecta todo con **Jesús: —De su descendencia vino Jesús, el Salvador. Lo rechazaron, lo crucificaron... pero Dios lo levantó de los muertos. Y ahora, por medio de Él, se les anuncia perdón de pecados y una nueva justicia, no por la ley, sino por la fe.** Es como si Pablo dijera: “Dios no cambió de plan, ¡lo está cumpliendo!” Y ojo, su mensaje no era teórico: era **esperanza viva, perdón real, vida nueva**. Después de la predicación, los gentiles dicen: **“¡Queremos oír más el próximo sábado!”** Y cuando llega ese día... ¡casi toda la ciudad aparece! **—¡Wow!** -dice eufórico Bernabé- **Esto sí que se viralizó rápido.** Pero no todos están felices. Algunos judíos sienten celos y comienzan a contradecir y a insultar. Pablo y Bernabé, con valor, responden: **—Si ustedes no quieren escuchar, iremos a los gentiles.** Porque Dios nos llamó a ser **luz para las naciones**, para llevar salvación a todos los que crean. Y así, los gentiles se llenan de gozo, mientras otros los expulsan de la región. Pero ellos sacuden el polvo de sus sandalias —como quien dice “sin rencor, seguimos adelante”— y marchan hacia **Iconio**. Este capítulo no es solo historia. Es un espejo para nosotros. El Espíritu sigue enviando. Dios sigue abriendo puertas... y también permitiendo que algunas se cierren. A veces somos **Bernabé**, animando. Otras, **Pablo**, predicando con fuego. Y a veces... **Juan Marcos**, sintiendo que no podemos más. Pero el Espíritu no se detiene. De acuerdo. Nadie sabe si esto fue así como te lo relaté, pero no cuesta demasiado pensar que tan diferente no pudo haber sido. Y llevarlo a una mínima y respetuosa ficción, lo que consigue, es ayudar a despojarnos de esa solemnidad ritualista que nos plantaron de niños y que hoy tanto nos estorba para poder comunicarnos mano a mano con nuestro Señor, que es como Él desea que sea. Entonces cabe la duda y la pregunta luego de oír esto. ¿Y tú? ¿A dónde te está enviando Dios hoy? Quizá no a Chipre, pero sí a tu trabajo, a tu familia, a ese amigo que necesita escuchar que el perdón y la vida nueva son reales. Así termina este capítulo... con **alegría y Espíritu Santo**, aunque haya polvo en los pies. Porque cuando Dios te llama, lo imposible se convierte en aventura. Una historia antigua, sí, pero con poder fresco para hoy. Cuando hoy se habla de misiones, se habla de introducciones culturales, sponsors y todo ese andamiaje que no nos favorece en credibilidad. ¿O no han sido utilizados algunos pseudo misioneros como espías de ciertos servicios de inteligencia de ciertos países? Eso no es evangelio. Eso es carne. Y para colmo de males, carne cruda.

Capítulo 14

Hoy viajamos con Pablo y Bernabé a un capítulo lleno de acción, milagros, confusiones mitológicas y, por supuesto, fe inquebrantable. **Iconio**. Una ciudad llena de historia, comercio... y tensión espiritual. Pablo y Bernabé entran en la sinagoga y predicán con tal poder que una gran multitud cree — judíos y griegos por igual. ¡Impresionante! Pero donde el Espíritu se mueve, también se mueve la oposición. Algunos judíos incrédulos comienzan a agitar a los gentiles. Y la ciudad se divide: mitad con los apóstoles, mitad contra ellos. Parece un resumen de nuestra época, ¿no? La verdad todavía divide. (Pero ellos no se van. No retroceden. El texto dice que **“hablaron con denuedo, confiados en el Señor”**, y Dios confirmó su mensaje con señales y prodigios. Así trabaja la fe: no busca escapar del conflicto, sino permanecer con gracia y poder. La situación se pone fea. Judíos, gentiles y autoridades se unen — ¡sí, se unen! — para atacar a los mensajeros de Dios. Pablo y Bernabé huyen a **Listra y Derbe**. Y allí... ¡no se callan! Siguen predicando. Pablo podría

haber dicho: “Bueno, Señor, un sábado no me vendría mal”. Pero no, su pasión no conoce pausa. No me asombra, aunque me sigue impactando. Todos los que llegamos al evangelio de adultos, sentimos del mismo modo las cosas de Dios. Eso es lo que debemos sanar, liberar y desterrar de los que, por haber nacido en hogares cristianos, de gente de iglesia de muchos años, suelen equivocarse viendo a este mismo evangelio como una actitud de creencia tradicional y punto. En Listra, un hombre cojo de nacimiento escucha atentamente. Pablo lo mira, percibe su fe... y declara: **“¡Levántate derecho sobre tus pies!”** El hombre salta. Camina. Y la multitud... ¡enloquece! (**“¡Dioses bajo la semejanza de hombres han descendido a nosotros!”**), gritan en licaónico. Y deciden que Bernabé es Júpiter — el dios padre — y Pablo, Mercurio — el mensajero, claro, porque ¡hablaba mucho! Parece gracioso, pero en realidad es triste: la gente prefiere adorar el milagro antes que al Dios que lo hizo posible. El corazón humano siempre busca ídolos con piel humana. El sacerdote de Júpiter ya tiene los toros listos para el sacrificio. ¡Una locura! Pero Pablo y Bernabé rasgan sus ropas y gritan: **“¡Somos hombres como ustedes! ¡Conviértanse de estas vanidades al Dios vivo!”** Y ahí predicaban uno de los mensajes más bellos de toda la Biblia: un Dios que **hace bien, que envía lluvias, que llena de alegría nuestros corazones**. No un dios lejano, sino un Padre generoso. El evangelio no empieza con reproches, sino con bondad. Pero el aplauso dura poco. Llegan judíos desde Antioquía e Iconio y persuaden a la multitud. Y la misma gente que quería sacrificarles... ahora los apedrea. Pablo cae. Lo arrastran fuera de la ciudad. Lo dan por muerto. Pero la fe no se entierra con piedras. Los discípulos lo rodean. Pablo se levanta, se sacude el polvo... ¡y vuelve a entrar en la ciudad! El apóstol del “me caigo, pero me levanto”. Si esto no es resiliencia espiritual, ¿qué crees que lo es? Después de predicar en Derbe, Pablo y Bernabé regresan por las mismas ciudades donde fueron rechazados: Listra, Iconio y Antioquía. ¿A qué? A confirmar a los discípulos. A decirles: **“Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios.”** No una fe de escapar, sino una fe que resiste. No un evangelio de éxito, sino de transformación. Nombran ancianos, oran, ayunan y los encomiendan al Señor. Luego regresan a Antioquía y cuentan todo lo que Dios hizo: cómo abrió la puerta de la fe a los gentiles. ¡Misión cumplida! Y esta vez sí, un descanso merecido: “se quedaron allí mucho tiempo con los discípulos”. Hechos 14 nos enseña que la fe verdadera no se mide por cuántos nos aplauden, sino por cuántas veces nos levantamos. Que los milagros apuntan al Dios vivo, no a sus mensajeros. Y que el evangelio sigue abriendo puertas, incluso en medio del rechazo. Así que, si hoy te sientes apedreado por la vida, recuerda a Pablo: levántate, sécate el polvo... y vuelve a la ciudad. Porque mientras haya aliento, hay propósito. En Hechos 14, Pablo y Bernabé continúan su primer viaje misionero, enfrentando la mezcla explosiva de aceptación y rechazo que acompaña al evangelio verdadero. En Iconio, predicaban con poder, y Dios confirma su mensaje con señales; pero la ciudad se divide: unos creen, otros planean apedrearlos. La verdad siempre corta en dos —no deja a nadie neutral. En Listra, un milagro desata la confusión: los hombres quieren adorarlos como dioses. Pablo y Bernabé rasgan sus vestiduras; el mensaje no es sobre el mensajero, sino sobre el Dios vivo que da vida y testimonio de su bondad. Sin embargo, la multitud voluble pasa de la adoración al odio en minutos, apedreando a Pablo hasta dejarlo por muerto. Así es el corazón humano sin Cristo: idolatra hoy, asesina mañana. Pero Pablo se levanta. No hay derrota para quien vive resucitado. Siguen fortaleciendo a los discípulos y enseñando que “es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios”. Hechos 14 no es un relato heroico, sino una advertencia y un llamado: el evangelio cuesta todo, pero también lo vale todo. La oposición no detiene la misión; la purifica. Soy [nombre del narrador], y esto fue *Hechos 14*: Nos escuchamos en el próximo episodio. ¡Sigue caminando con fe!

Capítulo 15

¡Hola, hola! Bienvenido a nuestro estudio bíblico express. Hoy nos metemos de lleno en el capítulo 15 del libro de los Hechos, un capítulo clave, emocionante y con un poquito de drama eclesiástico. Sí, hoy veremos **el primer gran concilio de la iglesia**... ¡y también la primera gran pelea ministerial registrada! Así que, ponte cómodo, abre tu Biblia, y

preparate para descubrir que **la gracia siempre gana**. Todo comienza con una polémica en Antioquía. Algunos hermanos, muy entusiastas de las tradiciones, decían: **“Si no te circuncidas conforme al rito de Moisés, no puedes ser salvo.”** En otras palabras: **“La fe en Jesús está bien, pero hay que añadirle un poco de Moisés.”** Pablo y Bernabé escuchan eso y ¡boom! Discusión encendida. Porque cuando alguien toca el mensaje de la gracia, Pablo no se queda callado. Entonces, la iglesia decide enviar a Pablo y Bernabé a Jerusalén para resolver el asunto. Es como cuando en la iglesia de hoy alguien dice: “Mejor que los pastores se reúnan y aclaren esto antes de que tengamos tres denominaciones nuevas.” En el camino, Pablo y Bernabé van compartiendo lo que Dios ha hecho entre los gentiles, ¡y todos se alegran! Qué lindo cuando las buenas noticias se contagian más que los chismes teológicos. Llegan a Jerusalén. Reunión con los apóstoles, los ancianos y... algunos fariseos convertidos que todavía traían la cinta métrica para las circuncisiones. Ellos dicen: **“Es necesario circuncidarlos y mandarles que guarden la ley de Moisés.”** Y empieza la gran discusión. Pero Pedro se levanta y da una de las declaraciones más poderosas de todo el libro de los Hechos: **“Dios no hizo diferencia entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones.”** **“Creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos.”** ¡Ahí está el corazón del evangelio! No es **Jesús + reglas**, sino **Jesús = suficiente**. Después de eso, Bernabé y Pablo cuentan cómo Dios hizo milagros entre los gentiles. Y finalmente Jacobo —sí, el hermano de Jesús— toma la palabra y concluye: **“No molestemos a los gentiles que se convierten a Dios.”** Traducido al lenguaje moderno: **“Dejemos de ponerle obstáculos a la gente para acercarse a Cristo.”** Ehh... ¿Me darán permiso para colocar un letrero que diga eso en el hall de cada templo o salón cristiano? Eso sí, Jacobo propone unas reglas básicas. No comer lo sacrificado a ídolos, No consumir sangre ni carne ahogada, Y abstenerse de la inmoralidad sexual. No para ganar salvación, sino para vivir en amor y unidad con los demás. La fe salva, pero el amor ordena la convivencia. Los apóstoles redactan una carta —podríamos decir el primer comunicado oficial de la iglesia— diciendo: **“Ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias.”** Qué hermosa frase: **“Ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros”**. No tomaron decisiones por impulso, sino buscando la guía del Espíritu. ¡Y el resultado fue alegría! La iglesia en Antioquía leyó la carta y se regocijó por la consolación. Cuando la iglesia pone la gracia en el centro, siempre hay gozo. El capítulo termina con un toque humano: Pablo y Bernabé, los héroes de la misión, tienen un fuerte desacuerdo sobre si llevar o no a Juan Marcos. El resultado: se separan. Bernabé se va con Marcos, Pablo con Silas. Y uno podría pensar: “¡Qué pena!” Pero Dios usa incluso los desacuerdos para multiplicar la obra. En vez de un equipo misionero, ahora hay **dos**. La misión sigue. La gracia sigue. Y más adelante, Pablo reconciliaría con Marcos. En 2 Timoteo 4:11 Pablo lo cuenta: **Solo Lucas está conmigo. Toma a Marcos y tráele contigo, porque me es útil para el ministerio.** . Porque así es el Dios de la gracia: no cancela, restaura. Hechos 15 nos enseña tres cosas prácticas: La salvación es por gracia, no por obras. Las diferencias se resuelven buscando la guía del Espíritu. Aun cuando hay desacuerdos, Dios puede traer bendición. Así que, la próxima vez que te enfrentes a un conflicto en la iglesia o en tu fe, recuerda: No se trata de quién tiene la razón, sino de **darle la razón al Evangelio**. El capítulo 15 de Hechos marca un punto decisivo en la historia de la Iglesia: el Evangelio se libera de las cadenas del legalismo y se afirma la gracia como el camino de salvación. En medio del debate, Pedro proclama una verdad eterna: **“Por la gracia del Señor Jesús somos salvos”**. Santiago, guiado por el Espíritu, confirma que Dios no hace distinción entre judíos y gentiles, y la Iglesia responde con unidad y humildad. Este capítulo nos recuerda que la verdadera fe no se define por rituales ni tradiciones humanas, sino por un corazón transformado por la gracia. La resolución en Jerusalén no fue solo teológica, sino pastoral: cuidar la comunión, quitar tropiezos y fomentar la edificación mutua. En la práctica, Hechos 15 nos desafía hoy a mantener la pureza del Evangelio sin añadir cargas que Cristo ya llevó en la cruz. Nos enseña a resolver diferencias buscando la guía del Espíritu y el bien del cuerpo de Cristo. La Iglesia crece cuando la verdad y el amor caminan juntos. Que cada decisión, como en Jerusalén, glorifique a Dios y

fortalezca a su pueblo en la libertad que da Jesús. Nos escuchamos en el próximo estudio. ¡Dios te bendiga!

Capítulo 16

El capítulo 16 del Libro de los Hechos parece una mezcla entre diario de viaje, relato misionero y serie de acción espiritual. Tenemos a Pablo, Silas, y un nuevo fichaje: Timoteo, joven con buen testimonio, madre creyente y padre griego. Una especie de “bicultural” de primera línea. Pablo lo recluta, y—detalle curioso—decide circuncidarlo “por causa de los judíos”. No por obligación doctrinal, sino por estrategia misionera. Porque el evangelio no se predica con rigidez, sino con sensibilidad. Pablo no es prisionero de las reglas: es libre para amar eficazmente. Y entonces llega el momento del *GPS celestial*. Pablo quiere ir a Asia, pero el Espíritu Santo dice “No”. Lo intenta por Bitinia, y otra vez: “No”. Uno se imagina a Pablo revisando el mapa y diciendo: “¿Y ahora, Señor?”. Hasta que una visión de noche lo resuelve: un varón macedonio que ruega **“¡Pasa a Macedonia y ayúdanos!”**. El Espíritu cierra puertas, pero no por capricho: las redirige. Cuando Dios dice “no”, suele significar “espera, que tengo un mejor destino”. En Filipos, Pablo no encuentra sinagogas, así que va al río, donde un grupo de mujeres ora. Ahí conoce a Lidia, comerciante de púrpura (traducción: una empresaria de éxito). Ella no solo abre su corazón, sino también su casa. El primer hogar cristiano de Europa es liderado por una mujer hospitalaria. Así trabaja el Espíritu: el evangelio entra por la puerta que nadie vio. Pero el viaje se complica. Una muchacha poseída por un espíritu de adivinación sigue a los apóstoles gritando verdades incómodas: “¡Estos hombres son siervos del Dios Altísimo!”. Y aunque lo que dice es cierto, su tono es insoportable. (Hasta las verdades mal dichas cansan). Pablo, ya sin paciencia, la libera en el nombre de Jesús. Y claro, los dueños del “negocio espiritual” pierden su fuente de ingresos. Moral práctica: cuando el evangelio entra, los ídolos económicos tiemblan. No hay libertad sin pérdida de ganancias injustas. Azotados y encadenados, Pablo y Silas no se quejan ni hacen huelga espiritual. Cantan. Sí, *cantan*. La cárcel se sacude, las puertas se abren, pero ellos no huyen. El verdadero milagro no es el terremoto: es el carácter. Cuando uno adora en la oscuridad, las cadenas se rompen de dentro hacia afuera. Y el carcelero, que pensaba que todo estaba perdido, pregunta: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”. Pablo responde con una simplicidad que atraviesa siglos: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa”. La salvación llega de noche, en una casa común, entre heridas lavadas y una cena improvisada. A la mañana siguiente, los magistrados quieren soltar a los prisioneros en silencio. Pero Pablo dice: **“No, señores. Nos azotaron sin juicio, siendo ciudadanos romanos. Ahora vengan ustedes mismos a sacarnos”**. Ese gesto no es orgullo: es dignidad. Los creyentes no buscan venganza, pero tampoco aceptan la injusticia como algo “espiritual”. Pablo defiende la verdad para que el Evangelio no quede manchado de cobardía. Hechos 16 nos enseña que el Espíritu Santo dirige los pasos, pero también los tropiezos. Que la fe no es una ruta recta, sino un viaje con desvíos santos. Nos recuerda que el canto puede ser más fuerte que los barrotes, que la hospitalidad abre caminos más anchos que los templos, y que la libertad no siempre llega rompiendo muros, sino lavando heridas. Pablo, ¿te das cuenta? Primero una mujer comerciante, luego una esclava liberada, y finalmente un carcelero convertido... ¡Tres historias, tres libertades distintas! Sí, hermano. Así es el Evangelio: une lo que el mundo separa. En cada corazón abierto, comienza una nueva Macedonia. Y así, entre canciones, cárceles y casas, el Reino de Dios sigue avanzando... sin mapas, pero con dirección divina. En Hechos 16, Pablo y Silas nos regalan una clase magistral de fe con ritmo. Van a Filipos, liberan a una muchacha explotada por adivinar, y por hacer el bien, ¡terminan golpeados y encarcelados! Pero en vez de quejarse, se ponen a cantar himnos a medianoche, afinando el alma en medio del dolor. Y entonces, cuando la fe suena más fuerte que las cadenas, la tierra tiembla, las puertas se abren y las ataduras caen. Parece magia, pero es fe con tambor. Lo mejor es que la historia no termina con la fuga: el carcelero, que iba a quitarse la vida, encuentra en esos mismos prisioneros la verdadera libertad. Pablo no huye; se queda para salvarlo. Así, el que vigilaba las llaves descubre que el Evangelio no abre barrotes, sino corazones. Moraleja práctica y espiritual: cuando todo se te cierre, canta; cuando todo tiemble, permanece; y cuando tengas la oportunidad de escapar,

piensa si no estás llamado a liberar a otro. Dios tiene la costumbre de convertir tragedias en conciertos y cárceles en templos. La fe no siempre cambia las circunstancias, pero siempre cambia el sentido de estar en ellas.

Capítulo 17

El capítulo 17 del libro de los Hechos es una pequeña joya narrativa dentro del Nuevo Testamento. En menos de cuarenta versículos, Lucas nos hace viajar por tres ciudades, tres culturas y tres maneras muy distintas de recibir el Evangelio. Es casi una crónica de ruta misionera, con persecuciones, debates filosóficos y hasta un toque de humor divino. Y todo gira alrededor de un mensaje simple pero explosivo: **Jesús es el Cristo**. Pablo y Silas llegan a Tesalónica con su estrategia habitual: ir primero a la sinagoga. No empieza con milagros ni con música de fondo, sino con la Biblia abierta. Por tres sábados seguidos discute, razona, explica. No grita, argumenta. Y, sin embargo, el resultado es un terremoto social. Algunos creen, muchos se incomodan, y otros –los más “religiosamente celosos”– deciden armar un motín. El texto dice que buscaron a Pablo y Silas, pero como no los hallaron, arrastraron a Jasón, el pobre anfitrión. En Tesalónica ser hospitalario podía costarte una fianza. Y los acusadores gritan una frase que, sin querer, se convierte en el mejor elogio posible: **“Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá.”** ¡Qué testimonio! Para algunos, los cristianos eran un problema público; para Dios, eran un motor de transformación. El Evangelio siempre sacude las estructuras, no porque promueva caos, sino porque introduce un nuevo orden: el del Reino de Dios. Y ese Reino tiene un Rey que no es César, sino Jesús. Tal vez hoy no nos arrastren ante las autoridades, pero el mensaje sigue siendo igual de incómodo: hay otro Rey. Y cuando alguien vive bajo su gobierno, inevitablemente trastorna su entorno, porque deja de obedecer a los ídolos del poder, del dinero o de la aprobación. Luego de la tormenta en Tesalónica, Pablo y Silas llegan a Berea. Y el contraste es notable. Lucas dice que los bereanos eran “más nobles”, no porque tuvieran títulos, sino porque tenían una actitud diferente: **escuchaban con disposición y examinaban las Escrituras cada día**. Es decir, no eran crédulos ni cínicos. No aceptaban todo, pero tampoco rechazaban de entrada. Investigaban. En un tiempo en que muchos cristianos prefieren memes teológicos antes que estudio bíblico, los bereanos son un ejemplo dorado. Ellos no esperaban que Pablo les hiciera sentir algo, sino que les mostrara si era verdad. Y el resultado es fe sólida. No fe emocional, sino fe razonada. Por eso muchos creyeron. El texto subraya, además, que entre ellos había mujeres griegas de distinción. El Evangelio sigue rompiendo barreras culturales y de género: nadie queda fuera de su alcance. Curiosamente, los alborotadores de Tesalónica viajan hasta Berea para causar problemas otra vez. Parece que el celo religioso tiene más movilidad que el celo evangelístico. Pero Pablo sigue adelante. El Evangelio no se detiene por persecución; simplemente cambia de escenario. Y así llegamos a Atenas, la cuna de la filosofía, la ciudad de Sócrates, Platón y Aristóteles... y de miles de estatuas. Pablo, que no era indiferente, se “enardece” al ver tanta idolatría. No se burla, pero tampoco se adapta. Su espíritu arde, no de superioridad, sino de pasión santa. Y hace algo magistral: lleva el Evangelio a la plaza. Habla en la sinagoga, sí, pero también discute con filósofos estoicos y epicúreos. Es como si hoy se sentara a debatir con influencers, ateos y gurúes espirituales. Algunos lo llaman “palabrero”, otros lo invitan al Areópago, ese foro intelectual donde se discutían las ideas más frescas (y las más raras). Y allí, en medio del orgullo intelectual ateniense, Pablo predica uno de los discursos más brillantes de toda la Biblia. No cita la Ley ni los Profetas, sino a los poetas griegos. Comienza con un punto de conexión: **“Veo que sois muy religiosos... incluso tenéis un altar al Dios no conocido”**. Luego presenta al Dios verdadero: Creador, sustentador, cercano. No un ídolo de oro, sino el que **“da a todos vida, aliento y todas las cosas”**. En pocas frases, Pablo desarma toda la teología pagana: Dios no necesita templos, ni sacrificios, ni estatuas. No depende de nosotros; nosotros dependemos de Él. Y termina con una nota profética: **“Dios manda a todos los hombres que se arrepientan”**, porque el juicio vendrá a través de Aquel que resucitó de los muertos. El resultado es predecible y actual: unos se burlan, otros posponen (“ya te oiremos otra vez”), y unos pocos creen. Entre ellos, Dionisio el areopagita y una mujer llamada Dámaris. En Atenas, el Evangelio no produce

un avivamiento masivo, pero sí una semilla fiel. Porque el éxito en el Reino no se mide en aplausos, sino en frutos. Hechos 17 es, en el fondo, una radiografía de cómo responde el mundo ante el Evangelio. En Tesalónica, lo rechazan con violencia; en Berea, lo examinan con nobleza; en Atenas, lo analizan con curiosidad. Y en todos los casos, Pablo permanece fiel al mensaje, adaptando su método, pero no su verdad. Hoy también vivimos entre tesalonicenses hostiles, bereanos reflexivos y atenienses curiosos. Algunos nos llaman fanáticos, otros nos escuchan con interés, y muchos simplemente quieren “algo nuevo”. Pero el desafío es el mismo: **anunciar a Jesús con verdad, inteligencia y valentía**. El cristianismo no necesita ser popular; necesita ser fiel. No vino a entretener, sino a transformar. Y si eso provoca alborotos, que sean santos alborotos: los de vidas cambiadas, mentes renovadas y corazones encendidos. Hechos 17 no es solo historia antigua; es un espejo contemporáneo. Pablo no llevaba una estrategia de marketing, sino una convicción ardiente: que Cristo resucitó y reina. Y esa verdad sigue siendo la mayor revolución espiritual de todos los tiempos. Quizás hoy no tengamos un Areópago, pero sí tenemos redes sociales, cafés, aulas y oficinas donde podemos, con respeto y alegría, hablar del “Dios no conocido” que en realidad está muy cerca. Porque al final, los verdaderos “trastornadores del mundo” no son los que hacen ruido, sino los que viven con tal amor, coherencia y esperanza, que el mundo ya no puede seguir igual después de conocerlos. ***“Estos que trastornan el mundo también han venido acá.”*** Ojalá algún día digan lo mismo de nosotros.

Capítulo 18

¿Alguna vez te has sentido en un lugar difícil, donde todo parece ir en contra, pero sabes que Dios te quiere justo allí? Bueno... bienvenido a Corinto. Allí llegó Pablo después de su paso por Atenas, la ciudad de los filósofos. En Corinto no abundaban los filósofos... pero sí las tentaciones. Era una ciudad rica, comercial, llena de templos y de todo tipo de diversiones. Si hoy existiera, probablemente tendría más neones que Las Vegas. Y ahí aparece Pablo, cansado, solo, pero con una convicción firme: seguir anunciando a Jesús. Y como siempre, Dios va un paso adelante. Pablo conoce a una pareja increíble: Aquila y Priscila. Recién llegados de Italia, expulsados por decreto del emperador Claudio. Pero lo hermoso es cómo Dios convierte una situación dura en una oportunidad divina. Pablo se da cuenta de que comparten oficio: ¡hacían tiendas! Y entonces se queda con ellos, trabajando durante el día y predicando los sábados. Me encanta esa imagen. Pablo, el apóstol, el teólogo brillante, cosiendo lonas, martillando estacas... y al mismo tiempo hablando del Reino. Qué ejemplo tan práctico, ¿no? Nos recuerda que la fe no se vive sólo en los momentos “espirituales”, sino también en lo cotidiano. Dios se glorifica igual entre los templos... y entre las herramientas del taller. Dice el texto que cada sábado Pablo discutía en la sinagoga, tratando de convencer a judíos y griegos. Algunos creían, otros no tanto... y otros se enojaban. Hasta que un día Pablo se cansó. Se sacudió el polvo del manto —literalmente— y dijo: “Yo ya cumplí, desde ahora me voy a los gentiles.” Una especie de “me lavo las manos” espiritual. A veces también necesitamos hacer eso: dejar lo que no depende de nosotros, soltar el peso de la frustración y seguir el rumbo que Dios marca. Pero justo en medio de ese cansancio, Dios le habla en una visión. Le dice: ***“No temas, sigue hablando y no calles, porque yo estoy contigo, y nadie te hará daño; tengo mucho pueblo en esta ciudad.”*** Qué frase tan poderosa. Dios no le promete a Pablo comodidad... le promete presencia. Y además le da una sorpresa: “Tengo mucho pueblo en esta ciudad”. En otras palabras: “No estás solo, Pablo. Aunque no lo veas, hay corazones listos para creer.” Eso me emociona. Porque a veces creemos que somos los únicos creyentes en nuestro entorno —en la oficina, en la escuela, en la familia— pero Dios siempre tiene su gente, aunque aún no la conozcamos. Pablo se queda en Corinto un año y medio. Enseñando, formando discípulos, levantando una iglesia en medio de una ciudad caótica. Y claro, los problemas regresan. Los judíos lo acusan ante el gobernador, Galión. Esperaban un castigo ejemplar, pero Galión ni se inmuta. Les dice, básicamente: “Esto es asunto de su religión, no me meto.” Y se desentiende. La historia termina con un pobre hombre, Sóstenes, recibiendo una golpiza mientras el gobernador mira para otro lado. Qué cuadro tan humano, ¿no?

Pero a pesar de la injusticia y la indiferencia, el Evangelio sigue avanzando. Después de un tiempo, Pablo parte de Corinto. Lo acompañan sus amigos Priscila y Aquila. Qué hermoso equipo. Una pareja que sirve juntos, que abre su casa, que camina con el apóstol, compartiendo visión y propósito. Y en Éfeso se cruzan con otro personaje fascinante: Apolos. Un hombre elocuente, apasionado, conocedor de las Escrituras... pero con información incompleta. Solo conocía el bautismo de Juan. Entonces Priscila y Aquila lo toman aparte, con respeto, y le explican “más exactamente el camino de Dios.” ¡Qué ejemplo de madurez! En lugar de criticarlo, lo corrigen con amor. Y gracias a eso, Apolos se convierte en un gran predicador, ayudando a muchos a conocer a Cristo. Me encanta ver cómo Dios entrelaza las vidas. Pablo planta, Priscila y Aquila enseñan, Apolos riega... y Dios da el crecimiento. Así también actúa hoy. Quizás tú no seas Pablo, pero puedes ser un Aquila o una Priscila: alguien que acompaña, enseña, sostiene. O tal vez eres un Apolos: con pasión, con ganas, pero necesitando aprender más exactamente el camino del Señor. Dios usa a cada uno. Este capítulo 18 nos deja tres huellas para la vida: Primero, que la fe se vive también en lo común. Pablo hacía tiendas y predicaba; nosotros podemos servir a Dios desde nuestro trabajo, nuestro hogar o nuestras rutinas diarias. Segundo, que Dios nos invita a hablar sin miedo. No a gritar, sino a hablar con verdad, sabiendo que Su presencia es nuestra garantía. Y tercero, que el crecimiento espiritual se da en comunidad. Nadie lo sabe todo; todos necesitamos a alguien que nos acompañe, nos enseñe o nos anime. Así que, si hoy te toca estar en tu propio “Corinto” —ese lugar ruidoso, desafiante, lleno de tentaciones—, recuerda esto: Dios también tiene mucho pueblo en tu ciudad. Tal vez aún no los conoces, pero están ahí. Y mientras tanto, sigue fiel. Haz tu parte, trabaja con excelencia, habla con amor y no calles lo que Cristo ha hecho en ti. Porque el mismo Dios que estuvo con Pablo entre tiendas y tribunales... también está contigo, aquí y ahora, entre tus tareas, tus conversaciones y tus batallas diarias.

Capítulo 19

Hola, hola... Bienvenido a este episodio donde viajamos a una ciudad impresionante: **Éfeso**. Una metrópolis vibrante, llena de comercio, templos, magia, filosofía... y, sí, de caos. Pablo acaba de llegar y —como siempre— cuando él entra, las cosas no quedan igual. Imaginate el titular: **“Predicador extranjero provoca avivamiento, milagros... y disturbios en el centro económico del imperio.”** Suena a portada de periódico, ¿no? Pero vamos al inicio. Pablo llega a Éfeso, se encuentra con unos discípulos y les lanza una pregunta incómoda: **“¿Recibieron el Espíritu Santo cuando creyeron?”** Y ellos, con cara de “¿qué nos estás diciendo?”, responden: **“¿Espíritu qué?”** Sí, ¡ni siquiera sabían que existía el Espíritu Santo! Y Pablo, que no se queda en la superficie, les explica: “Juan los bautizó para arrepentirse, pero ahora hay algo más grande: Jesús.” Ellos escuchan, creen, se bautizan... y boom ? —el Espíritu Santo desciende. Lenguas, profecías, poder. Doce hombres... y comienza una revolución espiritual que cambiará toda Asia. Durante tres meses, Pablo predica con valentía en la sinagoga. Pero, claro, no todos están felices. Algunos se ponen tercos, difaman “el Camino” (así se llamaba la fe cristiana entonces), y Pablo decide cambiar de sede. Se muda a la **escuela de Tiranno** —probablemente una especie de coworking teológico del siglo I— y durante **dos años** enseña todos los días. Resultado: toda Asia escucha hablar de Jesús. Dos años. Un aula. Una fe que corre como fuego. Y si pensás que eso es todo... esperá. Dios empieza a hacer **milagros extraordinarios** por medio de Pablo. Tan poderosos, que hasta los **pañuelos o delantales** que él tocaba sanaban a los enfermos. Sí, los delantales. No había streaming, pero el poder de Dios se viralizaba igual. Obviamente, eso llama la atención. Un grupo de **exorcistas ambulantes** —como esos influencers que quieren replicar lo que ven sin entenderlo— intentan usar el nombre de Jesús “que predica Pablo”. El resultado es legendario. Un espíritu maligno les responde: “A Jesús conozco, y sé quién es Pablo... pero ustedes, ¿quiénes son?” Acto seguido, los demonios les dan tal paliza que salen corriendo **desnudos y heridos**. ¡Y eso fue noticia! Toda Éfeso se enteró. El respeto por el nombre de Jesús creció tanto que muchos creyeron, confesaron sus prácticas ocultas y **quemaron sus libros de magia**. El valor de esos libros: **50.000 monedas de plata**. Imaginate: un festival de fuego, no

de vanidad, sino de fe. Y Lucas, el autor de Hechos, resume todo así: **“Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor.”** Pero, claro, cada vez que la fe crece, el negocio de la idolatría tiembla. Aparece **Demetrio**, un platero empresario, fabricante de templos en miniatura de la diosa Diana. Él ve que el mensaje de Pablo está afectando las ventas y convoca una reunión sindical: “¡Compañeros, nuestro negocio está en peligro! Si la gente deja de creer en Diana, nadie nos va a comprar!” Y ahí estalla el **disturbio de Éfeso**. La ciudad entera entra en modo protesta. **“¡Grande es Diana de los efesios!”**, gritan durante **dos horas seguidas**. ¿Te imaginás un estadio entero gritando sin parar lo mismo por dos horas? Los efesios lo hicieron. Pablo quiere intervenir, hablar, calmar las aguas, pero sus amigos —incluso algunas autoridades— le dicen: **“No, Pablo, no te metas. Esto se va a descontrolar.”** Finalmente, el **escribano de la ciudad**, un tipo sensato, toma el micrófono —bueno, no había micrófono, pero sí autoridad— y dice: **“Tranquilos, nadie está insultando a Diana. Y si tienen quejas, hay tribunales. No hagamos locuras, que Roma nos puede acusar de sedición.”** Silencio. Y poco a poco, la multitud se disuelve. Pablo, una vez más, sobrevive al caos... y deja atrás una ciudad donde la fe, literalmente, **movió la economía**. ¿Sabés qué me impresiona de esta historia? Que el poder del evangelio no solo cambió vidas... también **cambió valores**. Cuando Jesús entra en escena, los negocios injustos se tambalean, las supersticiones se queman, y las multitudes deben decidir qué adoran realmente. Éfeso fue el lugar donde el cristianismo se volvió imposible de ignorar. Y quizás hoy, en nuestras propias “Éfesos” —ciudades llenas de consumo, ídolos modernos y distracciones— Dios sigue buscando personas que vivan con la misma pasión, verdad y fuego. Éfeso representa lo que somos: una sociedad brillante, productiva, espiritual... pero también saturada de ídolos modernos. Los efesios tenían su Diana; nosotros tenemos el éxito, la imagen, el dinero o la comodidad. Pablo no solo predicó; **sembró verdad donde reinaba la mentira**. Y ese mismo Espíritu Santo que descendió sobre aquellos doce sigue disponible hoy para quienes se abren sin reservas. Tal vez la pregunta de Pablo sigue siendo la misma: **“¿Recibiste el Espíritu Santo cuando creíste?”** Porque creer no es solo aceptar una idea; es **abrirle la puerta al poder de Dios**. Y cuando ese poder llega, hay cosas que deben quemarse: hábitos, dependencias, falsos dioses personales. No con fuego literal, sino con decisión espiritual. Así crece y prevalece la Palabra del Señor... todavía hoy Porque cuando el Espíritu Santo se mueve... ni los dioses de plata, ni los gritos de multitudes, ni los mercados, pueden detener el Reino. Gracias por escuchar. Y recordá: el poder de Dios no se imita... se experimenta. Hasta el próximo episodio.

Capítulo 20

Hola, hola... hoy nos vamos de viaje con Pablo. Sí, sí, no a cualquier lugar: de Macedonia a Grecia, y luego rumbo a Jerusalén, pero con escalas que nos dejan historias que inspiran y enseñan. Así que ponte cómodo, que esto será un viaje espiritual con un toque de aventura y un poquito de humor, que es dentro del sano respeto de la corrección, como debe vivir un creyente sólido, que no tiene absolutamente nada que ver con el acartonamiento generalmente hipócrita del religioso. Imagina la escena: Pablo acaba de calmar un alboroto... (sí, esos momentos donde todo parece fuera de control). Y, ¿qué hace? No se queda lamentándose, no... llama a los discípulos, los abraza, los anima y se despide. ¡Todo un ejemplo de cómo cerrar capítulos con gracia y cariño! Después recorre Macedonia y Grecia. Tres meses en Grecia enseñando con pasión, y claro... algunos enemigos —los judíos, según el texto— lo estaban esperando, planeando cómo detenerlo. ¿Te suena familiar? Todos tenemos personas o situaciones que quieren frenarnos. Pablo nos muestra que podemos avanzar con prudencia y fe. Y aquí llega un momento curioso en Troas. Primer día de la semana, todos reunidos para partir el pan. Pablo se entusiasma enseñando... ¡y no te exagero! habla hasta la medianoche. Y ahí está Eutico, sentado en la ventana, rendido por el sueño profundo... y cae del tercer piso. Sí, ¡del tercer piso! Menos mal que Pablo estaba cerca. Se baja, lo abraza y dice: **“No os alarméis, está vivo”**. A veces necesitamos un abrazo que nos devuelva la vida... y sí, también un maestro que no se rinda por nosotros. Después, Pablo sigue su ruta marítima: Asón, Mitilene, Quío, Samos, Trogilio... y finalmente Mileto. Todo planeado, porque tenía prisa por llegar a Jerusalén para

Pentecostés. Un recordatorio: la vida tiene rutas, pero Dios nos guía en cada puerto. Y aquí viene el momento que toca el corazón: Pablo llama a los ancianos de Éfeso. No es un discurso cualquiera. Les recuerda cómo ha servido con humildad, con lágrimas, con pruebas. Les dice la verdad, sin Les dice algo fuerte: “Ahora os protesto que ninguno verá más mi rostro”. ¡Imagínalo! Decir adiós sabiendo que podría ser definitivo. Pero su corazón está en paz, porque cumplió su misión: anunciar todo el consejo de Dios, cuidar del rebaño y enseñar con su ejemplo. ¿Y la aplicación hoy? Pablo nos recuerda tres cosas: En primer término y muy importante, **Velar por nosotros y por los demás** — el cuidado mutuo no es opcional. Es parte del sentir de un creyente genuino. En segundo lugar, **Servir con manos propias** — no depender solo de otros, sino ser prácticos, pero al mismo tiempo, ejecutivos. Y en último orden, **Ayudar a los necesitados** — porque “más bienaventurado es dar que recibir”. Esto no cambia con los años, ni con la tecnología ni con el ritmo loco de hoy. Y no es sinónimo de permitir que los pillos de siempre nos engañen. Necesitados sinceros, sólo ellos. En Hechos 20, Pablo nos deja un testimonio profundo de entrega y amor pastoral. Frente a los líderes de la iglesia de Éfeso, comparte su corazón sin reservas, recordándoles que su misión ha sido servir al Señor con humildad, predicando la Palabra y cuidando de la comunidad como quien vela por su propia familia. Su ejemplo nos invita a vivir una fe comprometida: ser fieles en las pequeñas y grandes tareas, enfrentando dificultades con confianza en Dios. También nos enseña la importancia de la comunidad y de acompañar a otros en su camino espiritual, exhortándonos a fortalecer la unidad, la oración y la caridad. Que este capítulo nos inspire a cuidar de quienes nos rodean, a predicar con obras y palabras, y a permanecer firmes en la fe, conscientes de que el servicio al Señor se refleja en el amor sincero hacia los demás. Como Pablo, que nuestra vida sea un testimonio vivo de la gracia y la presencia de Dios. Termina con oración, lágrimas y abrazos. La emoción de la despedida nos recuerda que el amor genuino deja huella, y que cada acción de fe y servicio se queda más allá de nuestra presencia física. Así que hoy, al mirar tu vida, tu trabajo, tus relaciones: ¿estás viviendo como Pablo? ¿Con pasión, con entrega, con cuidado y con amor que deja marca? La ruta no siempre es fácil, los obstáculos estarán, pero la misión de vida es clara: servir, enseñar, cuidar y amar. Nos vemos en el próximo capítulo de Hechos... o en cualquier esquina de la vida donde Dios nos llame a actuar. ¡Hasta entonces, sigue caminando con fe, con alegría y con valentía!

Capítulo 21

Imagina por un momento que estamos en un barco, las olas golpeando suavemente la cubierta, y tú y yo mirando cómo se aleja la costa. Así comienza nuestro capítulo, con Pablo y sus compañeros en ruta hacia Jerusalén. ¿Sabes? A veces nuestro camino espiritual se parece mucho a un viaje en barco: lleno de viento, decisiones y un poquito de incertidumbre. Y sí... y parece que Pablo no tenía GPS, ¿verdad? Solo fe. Pero sólida, como luego su vida entera lo dejará en evidencia. Exactamente. Mira cómo van: primero Cos, luego Rodas, Pátara... Y cuando hallan un barco a Fenicia, zarpan otra vez. Cada puerto, cada ciudad, no es solo geografía, es preparación espiritual. Y fíjate, en Tiro se quedan siete días con los discípulos. ¡Siete días! Que en la vida real sería como una semana entera sin Wi-Fi, solo oración y comunidad. Y además, los discípulos le advierten que no suba a Jerusalén... ¿Eso no le preocupa? Claro que preocupa. Pero fíjate en la respuesta de Pablo: **“¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Yo estoy dispuesto no solo a ser atado, sino a morir por Jesús”**. Ahí está la clave: obediencia no es miedo, es compromiso. Y no te voy a mentir, eso nos hace pensar en cuántas veces nosotros nos dejamos paralizar por el “consejo de bien” de otros, en lugar de escuchar a Dios directamente. Cualquiera te diría que eso sí da miedo... Y sí, da miedo, pero la fe no es ausencia de miedo, es avanzar con Él a pesar del miedo. Después de los días de preparación, Pablo y su grupo suben a Jerusalén, acompañados por Mnason, un discípulo antiguo de Chipre. La hospitalidad y la compañía de hermanos son esenciales; no enfrentamos los retos solos. No hay ninguna duda que, en algunas cosas como estas, la comunidad es como un salvavidas. Y no es solamente en esto, porque hay mucho más en carpeta. Exacto. Y apenas llegan, los hermanos los

reciben con gozo. Hay alegría, pero también desafíos: Pablo entra a ver a Jacobo y los ancianos, y les cuenta todo lo que Dios ha hecho entre los gentiles. La reacción es interesante: celebran a Dios, pero recuerdan a Pablo que hay problemas... rumores sobre su enseñanza. Ah, los chismes. No cambian nunca. Sí, es así, sin dudas Incluso en la iglesia primitiva. Los ancianos sugieren un plan: Pablo debe purificarse públicamente con algunos hombres que cumplen voto, para demostrar que sigue la ley. Es un ejemplo de sabiduría pastoral: la fe no es solo verdad, también es estrategia y sensibilidad. Sin embargo, todo va a complicarse bastante en el templo, como podremos ver. Sí, porque apenas Pablo estaba cumpliendo los días de purificación, y un grupo de judíos de Asia lo ve y se arma un alboroto. Gritos, empujones, toda la ciudad convulsa. Aquí hay una lección clara: incluso cuando tu vida es recta y tu misión justa, habrá quienes malinterpreten tus intenciones. Y si las entienden, quizás hagan como que no entienden y terminen complicándote igual. Así operan en muchos lugares supuestamente cristianos. Y él, para colmo de males, no se defendió de inmediato. Bueno, cuando el tribuno llega con soldados, lo protegen y lo atan con cadenas. Pablo tiene que hablar, pero primero le preguntan si es un famoso rebelde egipcio. Y Pablo, con calma y claridad, dice: ***“Soy judío de Tarso, ciudadano de una ciudad importante, déjame hablar al pueblo”***. Ahí está la otra lección: saber quién eres y tu identidad en Cristo. Antes de explicar a los demás, primero afirmas tu identidad y tu integridad. Pablo no huye, no se esconde, pero tampoco se deja arrastrar por la violencia. Esa es la sabiduría pastoral: firmeza sin agresión, claridad sin arrogancia. Y la multitud... Ah, la multitud... esos momentos en que todos gritan, nadie escucha, y tú sientes que el mundo se viene encima. La respuesta de Pablo nos enseña a mantener la calma, a comunicar con sabiduría y a confiar en Dios, aunque el ambiente sea de caos. Y sí, tiene humor sutil: imagina la cara del tribuno confundido ante aquel hombre calmado, rodeado de una muchedumbre que no sabe por qué grita. Entonces, ¿la aplicación práctica? Varias. Primero: cuando Dios nos llama, incluso ante advertencias y miedo, seguimos adelante con fe. Segundo: la comunidad nos acompaña, nos aconseja y nos sostiene, pero la decisión final es con Dios. Tercero: frente a rumores y conflictos, mantenemos integridad y claridad, defendiendo nuestra identidad cristiana con amor y sabiduría. Y finalmente: la calma en medio del caos es un testimonio poderoso. Eso suena como algo que puedo aplicar hoy mismo... Exactamente. Cada vez que enfrentamos una injusticia, un malentendido o un desafío, podemos recordar a Pablo: oración, obediencia, comunidad y firmeza en nuestra identidad. No es fácil, pero Dios nos equipa. Y al final, la historia de Pablo nos dice: incluso encadenado, la misión de Dios continúa. Y el humor... ¿dónde entra? Ah, el humor es la chispa que nos mantiene humanos: imagina al tribuno, creyendo que Pablo es un rebelde egipcio, y él calmadamente corrigiéndolo y pidiendo permiso para hablar. A veces la vida nos pone en situaciones absurdas, pero Dios nos da gracia y hasta sonrisa en medio del conflicto. Así que, querido amigo, cuando sientas que el mundo se te viene encima, recuerda a Pablo: fe, comunidad, obediencia y humor. No evitamos las tormentas, pero podemos navegar con la brújula del Espíritu Santo.

Capítulo 22

¡Varones, hermanos y padres! Oíd ahora mi defensa... Así empieza Pablo, y con esa frase ya nos engancha: “escuchen lo que tengo para decir, que vale la pena”. Es como cuando uno quiere contar algo importante y necesita que lo miren a los ojos antes de abrir la boca. Pablo demostró que no era demasiado egocéntrico, pero eso no significa que despreciara el tener o no tener audiencia. Yo siempre digo que con tal de decir lo que el Espíritu Santo me da para decir, no me interesa si me está escuchando uno solo, porque seguramente fue a ese a quien el Espíritu trajo. Pero claro, si en lugar de uno hay un millón, mucho mejor. Primero, Pablo rompe el hielo diciendo quién es: ***“Soy judío, nacido en Tarso, criado aquí, instruido por Gamaliel... celoso de Dios como ustedes”***. ¿Ves la estrategia? No llega atacando ni defendiendo; primero genera empatía: “Soy uno de ustedes”. Aquí hay un aprendizaje práctico: cuando queramos dialogar o testificar, empezar mostrando puntos en común suaviza la conversación. Nada de entrar a trompadas con palabras. Absolutamente verdad. Luego Pablo confiesa su pasado: perseguía a los cristianos “hasta la muerte”. Sí, no se

anda con medias tintas: prisiones, golpes, cartas... era fanático de su fe, pero en el sentido equivocado. Todos tenemos un "Saulo" dentro: pasiones, convicciones, hábitos que creemos correctos, pero que nos alejan de Dios. Y aquí viene la magia: Dios no lo llama a juicio inmediato, lo llama a transformación. No lo desecha ni siquiera por asesino, lo restaura y lo convierte en referente obligado. **La conversión de Pablo** es un momento que nos deja boquiabiertos: luz del cielo, caída al suelo, la voz de Jesús... y de pronto, todo cambia. Me encanta cómo Pablo no se lo inventa; reconoce que estaba ciego físicamente, pero también espiritualmente. Dios tiene maneras dramáticas de despertar a veces, y otras, silenciosas. Lo importante es responder: "¿Qué haré, Señor?" Ahí empieza la verdadera obediencia. Ananías, un hombre común con fe firme, se convierte en instrumento de restauración: devuelve la vista, guía y anima. Recordemos que Dios usa personas para cumplir su obra. Cada uno de nosotros puede ser "Ananías" en la vida de alguien más. Nunca subestimes la fuerza de una palabra, un gesto, un acompañamiento. Luego, Pablo recibe su misión: testigo para todos los hombres, incluso los gentiles. Esto nos recuerda que Dios no limita el alcance de su gracia. Si alguna vez te sentiste "inútil" o "pequeño", mira a Pablo: antes perseguidor, ahora mensajero global. Dios puede transformar nuestra historia para algo que trascienda. Pero, claro, no todo fue fácil. Cuando Pablo relata esto ante el concilio, la reacción es furiosa: "¡Quita de la tierra a tal hombre!". Nos encontramos con una verdad dura: hablar de Jesús puede incomodar, incluso provocar rechazo. Pablo casi es linchado, pero su ciudadanía romana lo protege. Aquí hay un guiño humorístico: hasta un apóstol necesitó papeles al día. Bromeando, a veces necesitamos "documentación divina" y paciencia humana para sobrevivir en el mundo. Finalmente, Pablo es presentado ante los líderes. Todo esto nos enseña varias cosas: como primer punto importante, **Valorar nuestra historia personal**: Pablo no ocultó su pasado; lo usó para testimonio. Nuestros errores pueden ser plataforma de bendición. Conocí a muchos hermanos que se negaban rotundamente a hablar de lo que eran antes de su conversión. Argumentaban con "las cosas viejas pasaron" y etc. Pero lo cierto es que sus egos no le permitían reconocer un pasado vergonzante. ¿Nadie les dijo que ese podría ser su mejor testimonio de vida? En segundo lugar, **Responder a Dios sin demora**: cuando Jesús llama, no hay excusa válida. Preguntarnos "¿qué hago ahora?" es más productivo que quejarnos. Cuando el Señor nos sacó de la que fuera nuestra última congregación evangélica, durante un tiempo suponíamos que era porque nos quería en otra. Hasta que un día fue tan clara la voz del Espíritu demandándonos a no contaminarnos con la religión estructural que no nos quedó otro camino que obedecer. Gracias a Dios por eso. En tercer término **Ser instrumentos unos de otros**: como Ananías, nuestra fe y acción pueden cambiar vidas. Tan obvio que exime de comentarios. Quinto y último, **Mantener la calma en la oposición**: Pablo no entró en pánico; sabía quién estaba con él. Podemos enfrentar ataques, rechazos, y aun así mantener la firmeza. Hermanos, ¿no les parece impresionante? Un hombre que una vez quiso destruir a los cristianos, termina entregando su vida por ellos, viajando ciudades, enfrentando juicios, cárceles, peligros, pero con un corazón transformado. Eso nos recuerda que ningún pasado es demasiado oscuro para el poder de Dios. Para llevarlo a la vida diaria: si estás atrapado en hábitos que no te acercan a Dios, recuerda a Saulo. Si sientes miedo de testificar, recuerda a Pablo frente al concilio. Si dudas de tu influencia, recuerda a Ananías. La historia de Hechos 22 nos grita que Dios transforma, capacita y protege a los que responden con fe. Así que, queridos oyentes, la pregunta que nos deja este capítulo no es "¿qué haré yo mañana?", sino "¿qué haré hoy con lo que Dios ya está haciendo en mí?". Porque, como vemos con Pablo, la vida cambia cuando escuchamos y actuamos, no solo cuando creemos que estamos listos.

Capítulo 23

Imagina la escena: un salón lleno de hombres con túnicas, miradas tensas y egos religiosos del tamaño del templo. En medio, Pablo. Ese Pablo valiente, de mirada firme y conciencia tranquila. El capítulo 23 de Hechos comienza así: "**Entonces Pablo, mirando fijamente al concilio, dijo: Varones hermanos, yo con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy.**" Y claro... bastó esa frase para que el sumo sacerdote, Ananías, ordenara que lo

golpearan en la boca. ¿Qué tal el recibimiento? Pablo ni había terminado la primera línea de su defensa y ¡zas!, un bofetón santo. Bueno, santo no, pero sí rápido. Pablo, con esa chispa que lo caracteriza, responde: **“¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada!”**. Es decir, **“hipócrita, te ves limpio por fuera pero estás podrido por dentro”**. Fuerte, ¿verdad? Pero también justo. Pablo estaba señalando la incoherencia de juzgar según la ley mientras se violaba la misma ley. No sé por qué, pero esto me hizo acordar de...bueno...nada. Ahora, en cuanto le dicen que el que ordenó el golpe era el sumo sacerdote, Pablo baja el tono: **“No sabía, hermanos, que era el sumo sacerdote”**. Ese detalle nos enseña algo precioso: tener razón no te da licencia para faltar al respeto. Pablo sabía controlarse. Era un hombre de principios, pero también de humildad. Aquí ya podemos detenernos a pensar. A veces, cuando nos sentimos atacados injustamente, respondemos con la misma moneda. Pero Pablo, incluso en su defensa, se deja corregir por la Palabra. Reconoce el error y se somete a la Escritura: **“No maldecirás al príncipe de tu pueblo”**. Qué lección para esta época de redes sociales, donde muchos quieren ganar discusiones y pocos quieren ganar almas. Luego viene una jugada maestra. Pablo nota que en el concilio hay dos grupos: fariseos y saduceos. Los fariseos creen en la resurrección, los saduceos no. Entonces Pablo dice en voz alta: **“Se me juzga por la esperanza de la resurrección de los muertos.”** ¡Boom! Divide al grupo. Una sola frase y la asamblea se convierte en un ring teológico. Los fariseos salen a defenderlo: **“Ningún mal hallamos en este hombre.”** Y los saduceos se enfurecen. Tanto, que el tribuno romano teme que despedacen a Pablo y manda a los soldados a rescatarlo. Así que sí, Pablo no sólo predicaba con poder, también sabía usar su inteligencia y discernimiento. Esa noche, mientras el alboroto se apaga, el Señor mismo se aparece a Pablo. Qué hermoso ese versículo 11: **“Ten ánimo, Pablo, pues como has testificado de mí en Jerusalén, así es necesario que testifiques también en Roma.”** Imagínate lo que habrá sentido. Todo parecía caos: insultos, golpes, amenazas, confusión religiosa... y en medio de eso, una voz calma le recuerda el propósito. Dios no le promete comodidad, le promete propósito. No le dice “te sacaré del problema”, sino “te llevaré más lejos, hasta Roma.” Y entonces, llega la segunda parte del capítulo: ¡el complot! Más de cuarenta hombres hacen un juramento extremo: **“No comeremos ni beberemos hasta que matemos a Pablo.”** ¡Eso es tener hambre de venganza! Pero aquí entra uno de esos detalles que muestran el toque providencial de Dios: el sobrino de Pablo escucha el plan y corre a avisarle. ¿Ves cómo Dios tiene sus recursos? A veces el milagro no viene en forma de ángel, sino de un sobrino con buen oído. Dios obra tanto con lo espectacular como con lo cotidiano. El joven avisa al tribuno, y éste —un tal Claudio Lisias— reacciona con eficiencia militar. Ordena una escolta impresionante: doscientos soldados, setenta jinetes y doscientos lanceros. ¡470 hombres para proteger a un solo prisionero! Así es Dios: cuando decide cuidar a alguien, lo hace con exageración divina. Pablo es trasladado de noche, en medio de la oscuridad, rumbo a Cesarea. Mientras tanto, el tribuno escribe una carta al gobernador Félix explicando que Pablo no ha hecho nada digno de muerte. Qué ironía: los romanos, paganos, están actuando con más justicia que los líderes religiosos. Cuando llegan a Cesarea, Félix recibe la carta y dice: **“Te oíré cuando vengan tus acusadores.”** Y así termina el capítulo. Pablo sigue preso... pero cada paso lo acerca más al destino que Dios le había revelado: Roma. Este capítulo es una joya porque nos muestra tres cosas esenciales para la vida cristiana: Primero, **la conciencia limpia**. Pablo dice que ha vivido con buena conciencia ante Dios. No perfecta, pero limpia. Y eso vale oro. Vivir con conciencia limpia no es no equivocarse, sino reconocer a tiempo cuando te equivocas. Segundo, **la sabiduría en el conflicto**. Pablo no fue ingenuo ni pasivo. Supo cuándo hablar, cuándo callar y cómo usar el contexto a su favor. Ser cristiano no es ser ingenuo; es ser sabio como serpiente y sencillo como paloma. Tercero, **la confianza en la providencia de Dios**. Desde la visión del Señor hasta el sobrino informante, todo muestra que Dios mueve los hilos incluso cuando parece que todo se derrumba. Pablo no controla las circunstancias, pero confía en quien sí las controla. Y tú, ¿en qué parte de esta historia te encuentras hoy? ¿Frente a un concilio que no te entiende? ¿En medio de un complot invisible, rodeado de problemas? ¿O siendo trasladado por caminos que no elegiste, sin saber qué te espera al llegar? Recuerda esto: si Dios tiene un propósito contigo, ni el concilio más hostil, ni el complot más oscuro, ni la noche más larga pueden detenerlo. El Señor le dijo a Pablo “ten ánimo”, y hoy te lo dice a ti también. Ten ánimo,

porque lo que parece un arresto puede ser la ruta hacia tu Roma. Porque cuando caminas con Dios, ningún golpe, ningún plan humano y ninguna fortaleza puede evitar que llegues al lugar donde Él quiere que testifiques. Hasta la próxima, y que tu conciencia —como la de Pablo— esté limpia, valiente y confiada en que el Señor siempre tiene la última palabra.

Capítulo 24

¿Alguna vez te han acusado de algo que no hiciste? Bueno... Pablo sí. Y no una, sino varias veces. En el capítulo 24 de los Hechos encontramos una escena que parece sacada de una serie judicial de Netflix... solo que aquí el protagonista no busca likes ni abogados caros, sino vivir con una conciencia limpia ante Dios. Cinco días después de su arresto, llega a Cesarea una comitiva muy seria: el sumo sacerdote Ananías, algunos ancianos... y un orador profesional llamado Tértulo. Sí, un abogado de los de corbata dorada. Tértulo empieza su discurso con un toque de política barata:

“Oh excelentísimo Félix, gracias a ti tenemos paz, orden, prosperidad...” (Ya te imaginas el tono, ¿no? La clásica adulación antes de clavar el cuchillo). Después de esa introducción melosa, lanza su acusación: ***“Este hombre, Pablo, es una plaga. Causa disturbios, lidera una secta, y hasta intentó profanar el templo.”*** En resumen: lo pintan como terrorista religioso. Pero cuando llega el turno de Pablo, la escena cambia. No hay nervios. No hay gritos. Solo un hombre seguro de quién es y de quién lo llamó. Dice: ***“Como tú puedes comprobar, no hace más de doce días que subí a adorar a Jerusalén. No discutí con nadie, ni armé alborotos.”*** Pablo no dramatiza. No se victimiza. Solo dice la verdad con serenidad. Y ahí viene una frase que vale oro: ***“Confieso que según el Camino, que ellos llaman herejía, así sirvo al Dios de mis padres, creyendo todo lo que está escrito en la Ley y en los Profetas.”*** En otras palabras, Pablo dice: ***“No estoy contra mi fe... la estoy viviendo en plenitud.”*** Él no se defiende negando quién es, sino afirmando su fe. Y añade algo que desarma a cualquiera: ***“Procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres.”*** ¡Qué declaración! Porque tener buena conciencia no es tener siempre la razón... es vivir de tal manera que, aun si te acusan injustamente, puedas dormir tranquilo sabiendo que caminaste en la verdad. Pablo no busca escapar de la cárcel... busca mantener su integridad. Y eso, amigo oyente, es libertad de la buena. Luego la historia toma un giro interesante. Félix, el gobernador, lo escucha... y, curiosamente, quiere saber más. Invita a Pablo a hablarle —junto a su esposa Drusila— sobre la fe en Jesús. Pero cuando Pablo empieza a hablar de **justicia, dominio propio y juicio venidero**... ¡Félix se asusta! Le dice: ***“Por ahora vete, ya te llamaré cuando tenga tiempo.”*** Claro, el mensaje de Pablo toca nervios. Porque la Palabra no solo consuela: también confronta. Y Félix, acostumbrado a los sobornos y a la corrupción, siente que el Espíritu le habla... pero no quiere escuchar. Como muchos, dice: “Después, cuando tenga oportunidad...” Y ese “después” se convierte en **nunca**. Félix tenía poder, riqueza, influencia... Pero no tenía paz. Pablo estaba preso, sí... pero era el hombre más libre de la sala. Dos años pasan. El gobernador cambia, Pablo sigue preso. Y, sin embargo, sigue firme. No se amarga, no negocia sus valores, no busca venganza. Porque su conciencia está limpia, y su fe puesta en un Dios que ve más allá de los barrotes. Y aquí está el punto para ti y para mí hoy: Quizás no estés ante un tribunal romano, pero todos los días enfrentamos pequeños juicios: el del trabajo, el de la familia, el de nuestra propia mente. Y la pregunta es la misma: ¿Vivimos con una conciencia limpia ante Dios? No se trata de ser perfectos. Se trata de ser coherentes. De poder mirar atrás y decir: “No vendí mi alma por un aplauso, ni traicioné mis convicciones por comodidad.” Pablo nos enseña que la verdadera defensa no está en los argumentos, sino en el testimonio. Que la paz no la da un juez humano, sino el Dios que conoce el corazón. Y que no hay cárcel capaz de encerrar a quien vive con fe y buena conciencia. Así que, si hoy te sientes acusado, incomprendido o simplemente cansado de ser fiel... recuerda: Dios conoce tu verdad. Y cuando llegue el momento, Él será tu defensor. Hasta entonces, camina con paz, habla con verdad y vive con conciencia limpia. Porque, como Pablo, quizás no siempre ganes el juicio de los hombres... pero siempre podrás mantener la sonrisa de Dios sobre tu vida.: Este fue un mensaje sobre Hechos 24: la defensa de Pablo ante Félix. Que el Señor te conceda hoy una conciencia tranquila, una fe firme y un corazón valiente.

Capítulo 25

¿Alguna vez has sentido que te acusan injustamente? Que te rodean las voces que quieren tu caída, mientras tú solo intentas mantenerte fiel a Dios. Bienvenido al episodio de hoy: *Hechos capítulo 25*, donde Pablo demuestra que la fe verdadera no necesita defenderse con gritos... sino con convicción. Festo, el nuevo gobernador romano, llega a la provincia y casi sin desempacar maletas, ¡ya lo buscan los líderes religiosos! No para darle la bienvenida, claro, sino para pedirle un “favorcito”: traer a Pablo a Jerusalén. Claro, lo que no dicen es que lo esperan con una emboscada lista. Parece que nada ha cambiado: hay gente que no descansa hasta ver caer al justo. Pero Festo, más político que ingenuo, responde: “No, no, el hombre está custodiado en Cesarea. Si tienen algo contra él, vengan ustedes.” Y así, los líderes bajan, cargados de acusaciones... que no pueden probar. Otra vez, mucho ruido, poco argumento. Pablo se defiende con serenidad: **“Ni contra la ley, ni contra el templo, ni contra César he pecado en nada.”** Y aquí viene el giro. Festo, queriendo quedar bien con los judíos, le propone un juicio en Jerusalén. Pero Pablo no es nuevo en esto. Sabe que allá lo esperan con puñales bajo el manto. Así que responde con una frase que resonará en la historia: **“A César apelo.”** Es decir: “No me van a matar tan fácil. Me juzgará el tribunal más alto del imperio.” Y Festo, quizás sorprendido, responde: **“A César has apelado; a César irás.”** Pasados unos días, llega el rey Agripa con su hermana Berenice. Y sí, la Biblia menciona que entraron “con mucha pompa”. Imagina la escena: desfiles, túnicas brillantes, coronas relucientes, trompetas sonando. Mientras tanto, Pablo, el prisionero del camino de Damasco, entra encadenado... pero con más autoridad espiritual que todos juntos. Festo les explica el caso: “No entiendo bien este asunto... los judíos lo acusan por temas religiosos, por un tal Jesús que murió... y que Pablo dice que está vivo.” ¿Te das cuenta? A los ojos del mundo, el corazón del evangelio —la resurrección de Jesús— suena como una simple “cuestión religiosa”. Para Festo, no es un misterio eterno, es un expediente confuso. Para Pablo, es la razón de su vida. Hechos 25 no es solo una crónica judicial. Es una radiografía espiritual. Nos muestra lo que ocurre cuando la fe choca con los sistemas humanos: religión sin vida, poder sin verdad, y política sin justicia. Pablo está preso, pero libre. Sus acusadores están libres, pero presos del odio. Y Festo... está confundido, queriendo complacer a todos, menos a la verdad. ¿Cuántas veces hacemos lo mismo? ¿Cuántas veces callamos lo que creemos para no incomodar? ¿Cuántas veces negociamos convicciones por aceptación? Yo lo hice durante mucho tiempo. Mi conciencia de hombre de prensa, en este caso me salvó. Porque llegó el día que me miré al espejo y dije ¡Basta! O soy y digo lo que Dios dijo que yo era, o me anoto en el grupo de WhatsApp del Movimiento Fariseo Mundial. No si existe una organización así, pero lo que sí sé es que existen miles que podrían formar parte de ella tranquilamente. A veces la fidelidad a Cristo te llevará ante reyes, jefes, tribunales o redes sociales que no entienden tu fe. Y está bien. Pablo nos enseña que cuando la injusticia te rodea, no es momento de huir, sino de mantenerte firme. No todo juicio es para destruirte. Algunos juicios son plataformas para testificar. Cuando Pablo apeló a César, no estaba huyendo: estaba avanzando en el propósito. Esa apelación lo llevó, finalmente, a Roma... el centro del mundo. Dios puede usar los procesos más oscuros para colocarte en el escenario que nunca imaginaste. Así que, si hoy te sientes acusado, malinterpretado o arrinconado, recuerda esto: no todo camino difícil es señal de derrota. A veces, es Dios llevándote más alto, aunque uses cadenas para llegar. Festo tenía poder, Agripa tenía pompa, Berenice tenía apariencia... pero Pablo tenía propósito. Y al final, eso es lo único que realmente importa. *A César apeló... y a Cristo pertenecía.* Ora conmigo: “Señor, enséñame a mantenerme firme cuando el mundo me acuse. A no negociar mi fe por comodidad. Y a confiar en que cada proceso, por difícil que sea, puede ser un camino hacia tu propósito.” Amén. Nos escuchamos en el próximo episodio... donde seguimos aprendiendo a vivir como Pablo: presos del amor de Cristo, pero libres en el Espíritu.

Capítulo 26

Hoy tengo una escena casi real para compartirtelo. Es de un tiempo muy lejano, pero de conceptos muy vigentes. Es el contenido del capítulo 26 del Libro de los Hechos, que estamos repasando. El ambiente está cargado de expectativa. En el palacio de Cesarea, el rey Agripa y la reina Berenice se sientan junto al gobernador Festo. Ante ellos, un prisionero encadenado... pero con el rostro tranquilo. Es Pablo. —**Pablo**, -dice Agripa- **puedes hablar por ti mismo**. Lejos de reaccionar con humana carnalidad, Pablo hace con sobria elegancia. —**Oh rey Agripa, ¡qué gusto defenderme ante ti! Sé que conoces bien nuestras costumbres... así que, te ruego, escúchame con paciencia**. Y así comienza uno de los discursos más fascinantes de toda la Biblia. Pablo, el hombre que un día persiguió a los cristianos... ahora se defiende como uno de ellos. —**Desde joven todos me conocen. Fui fariseo, de los más estrictos. Y ahora estoy aquí... por creer en la promesa que Dios hizo a nuestros padres**. Sigue hablando Pablo. —**¿Acaso es increíble que Dios resucite a los muertos?** Gran pregunta, ¿No? Si creemos en Dios... ¿por qué nos sorprende que haga lo imposible? —**Yo pensaba que debía hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús. Encerré a sus seguidores, voté por su muerte, los obligué a blasfemar... Y cuando se me acabaron las ciudades, los perseguí en otros países**. Pablo era un hombre con energía, eso no se puede negar. Si hubiera existido Twitter en su tiempo, seguro sería tendencia: #SauloContraTodo. Pero Dios tenía otros planes. Sigue Pablo en su defensa. —**Iba rumbo a Damasco, al mediodía, cuando una luz del cielo, más brillante que el sol, me envolvió. Caímos todos al suelo y escuché una voz que me dijo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón.”** Pelear contra Dios... siempre duele. Y Pablo lo entendió en ese momento. —**Pregunté: “¿Quién eres, Señor?” Y la voz respondió: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues.”** Jesús no lo destruyó. Lo levantó. Lo convirtió en mensajero de la misma fe que había querido borrar. Él lo estaba reconociendo en declaración bajo juramento. —**Me envió a abrir ojos, a sacar a la gente de las tinieblas a la luz... para que reciban perdón y una herencia entre los santificados. —No fui rebelde a la visión celestial. Empecé en Damasco, seguí en Jerusalén, en toda Judea, y hasta entre los gentiles. Prediqué que se arrepintieran y volvieran a Dios.** Y por eso lo arrestaron. Pero Pablo, aun preso, hablaba con una libertad que ningún imperio podía quitarle. —**Hasta hoy doy testimonio a grandes y pequeños, y solo repito lo que los profetas dijeron: que el Mesías sufriría, resucitaría, y traería luz al pueblo... y a los gentiles.** Y justo cuando Pablo decía eso... Salta Festo, con semblante iracundo. —**¡Estás loco, Pablo! ¡Tantas letras te han hecho perder la cabeza!** La sonrisa de Pablo desarmaría cualquier conjetura cuando dice: —**No estoy loco, excelentísimo Festo. Hablo palabras de verdad... y de cordura.** Qué respuesta. Sin enojo, sin gritos. Solo verdad. Y ahora, Pablo se dirige directo al corazón del rey: —**Rey Agripa, tú sabes que esto no pasó en un rincón. ¿Crees a los profetas? Yo sé que crees.** Agripa, titubeando y con una sonrisa nerviosa, responde: —**Por poco me persuades a ser cristiano.** Por poco... El “por poco” más triste de la historia. —**¡Quisiera Dios que, por poco o por mucho, no solo tú, sino todos los que me oyen, fuesen como yo! Excepto por estas cadenas, claro.** El juicio termina. Agripa, Festo y Berenice se levantan, conversan entre ellos: —**Este hombre no ha hecho nada digno de muerte... ni de prisión,** dice Agripa. **Podría ser libre, si no hubiera apelado a César.** Libre o preso, Pablo ya era un hombre imparable. Su esperanza no dependía de barrotes, ni de reyes, ni de Roma. Dependía del Dios que resucita a los muertos. Y hoy, Hechos 26 no es solo historia. Es una invitación. Porque todos tenemos algo de Agripa: escuchamos la verdad y decimos... “por poco me convences.” Pero el “por poco” no alcanza. Pablo, encadenado, era más libre que muchos reyes. Porque cuando uno se encuentra con Jesús, no hay muro, ni pasado, ni culpa... que te detenga. Así que hoy... no te quedes en el “por poco”. Da el paso completo. De las tinieblas... a la luz.

Capítulo 27

Tengo una pregunta para ti. ¿Alguna vez has sentido que tu vida parece un barco en medio de una tormenta? Todo se mueve, todo truena, y tú apenas alcanzas a decir: “Señor, ¡si esto sigue así, me bajo aquí mismo!”. Bueno... si es así, bienvenido al club. Pablo ya estuvo ahí —literalmente—, en medio del mar, con un barco que se deshacía a pedazos, y sin flotadores. Y no era un crucero con bufet libre, eh. Era una nave romana con 276 personas, un centurión, marineros estresados y presos que, digamos, no eran precisamente los más calmados del Mediterráneo. Pablo no estaba en ese barco por capricho. Dios le había dicho: “Vas a Roma”. Eso era un llamado, una misión divina. Pero fíjate: Dios no le dio un boleto en primera clase ni mares tranquilos. Le dio viento contrario, mareos, y días sin ver el sol. Y eso nos rompe un poco los esquemas, ¿verdad? Porque pensamos que, si Dios nos envía, todo debería salir fácil. Pero no. A veces Dios **no calma la tormenta enseguida**, porque está formando en ti un **carácter que resiste las olas**. Pablo no estaba solo sobreviviendo... estaba aprendiendo a **confiar más allá de la lógica**. Pablo les advirtió: “**No zarpen, esto no va a salir bien**”. Pero el centurión prefirió escuchar al piloto... y claro, cuando el viento sopla suave, uno cree que ya todo está bajo control. Hasta que aparece el famoso **Euroclidón** —ese huracán que en la vida moderna se llama “problemas inesperados”. Y ahí sí, todos empiezan a orar, hasta el que juró que no creía. Porque cuando el barco se sacude, nadie pregunta de qué denominación es tu fe. Solo gritas: “¡Dios mío, ayúdame!”. Y lo hermoso es que, aunque nadie escuchó a Pablo al principio, **Dios sí lo escuchó a él**. Y el mensaje del ángel fue claro: “**No temas, Pablo. Vas a llegar. Y todos los que están contigo también**”. Qué promesa poderosa: **la tormenta no cambia el destino**. El barco se puede romper... pero **la palabra de Dios no naufraga**. Después de catorce días sin comer, Pablo les dice: “**Coman algo, por su bien. Ni un cabello se les caerá**”. Y ahí, en medio del caos, **parte el pan y da gracias**. O sea... el barco se hunde, y Pablo saca la merienda. Eso no es locura, eso es **fe con los pies mojados**. Pablo entendía algo profundo: Aun si no puedes controlar el mar, **sí puedes controlar tu actitud**. Y dar gracias en medio de la tormenta no es negar la realidad... es recordar que **Dios sigue en el timón**. No me preguntes por qué, pero tengo una media certeza que algo así estás viviendo en este día. Escucha; si eso es así como lo pienso, entonces no estás allí por casualidad. Algo tiene que haber para ti. De otro modo, el Espíritu Santo no te hubiera traído. Cuando el barco encalló y comenzó a romperse, algunos pensaron: “Hasta aquí llegamos”. Pero el centurión —movido por Dios— salvó a Pablo y permitió que todos llegaran a tierra. Unos nadando, otros aferrados a tablas... pero **todos llegaron**. Y eso, querido amigo, querida amiga, es el resumen del capítulo: **Tal vez no llegues como imaginabas, pero llegarás**. A veces no llegas con todo el barco, sino con una tabla. A veces no llegas con fuerzas, sino arrastrándote. Pero llegas... porque **Dios cumple lo que promete**. Tal vez hoy tú también estás navegando entre olas de preocupación, de enfermedad, de incertidumbre. Y sientes que la nave de tu vida está crujiendo. Pero recuerda: Dios no te prometió mares tranquilos, Te prometió llegar al otro lado. No te bajes del barco antes de tiempo. No dejes que el miedo te haga saltar. Si permaneces —como dijo Pablo—, **Dios te preservará**. Y cuando todo termine, cuando pongas los pies en tierra firme, mirarás atrás y dirás: “**Fue duro, pero valió la pena. Porque en la tormenta conocí de verdad al Capitán de mi alma**”. Así que, si hoy las olas golpean fuerte, toma aire... suelta las velas... y deja que Dios te lleve a tu destino. Y si el barco se rompe, no temas: **Dios te enseñará a flotar en pedazos**. Porque los barcos se hunden, pero **las promesas de Dios no**. Yo no sé cómo esté tu mar hoy... pero sí sé que el mismo Dios que sostuvo a Pablo en medio del **Euroclidón**, te sostiene también a ti.

Capítulo 28

¿Alguna vez sentiste que apenas sales de una tormenta, ya te espera otra en la orilla? Bueno, si te pasa, estás en buena compañía. Pablo también. El capítulo 28 de Hechos comienza así: “**Estando ya a salvo...**” ¡Qué alivio! Después de un

naufragio, por fin tierra firme. Pero espera... aún no hay final feliz. A veces pensamos que el “a salvo” de Dios significa “sin problemas”, y no. A veces significa “listo para el siguiente milagro”. Pablo y los demás llegan empapados, con frío, tiritando, y los isleños de Malta los reciben con una calidez impresionante. Dice el texto que “los trataron con no poca humanidad”. En otras palabras, los malteses eran buena gente. Hicieron fuego, les dieron abrigo, los cuidaron. Y ahí está Pablo, el apóstol, el hombre de fe... ¿qué hace? ¿Predica? ¿Ora? No. Junta ramas secas. Eso me encanta. Pablo no estaba por encima de las tareas pequeñas. No dijo: “Yo soy el ungido, otro que recoja la leña”. No. Servirle a Jesús también es levantar ramas húmedas bajo la lluvia. Pero mientras echa las ramas al fuego, una víbora, escondida entre ellas, salta y se le prende en la mano. ¡Imagínate la escena! Los locales, que lo estaban viendo, sueltan el mate (o la taza de té, según el clima): “¡Ah! Este hombre debe ser un asesino. Escapó del mar, pero la justicia lo alcanzó”. La teología popular de Malta: “Si algo malo te pasa, seguro hiciste algo malo”. ¿Te suena? A veces la gente sigue pensando así. “Se enfermó, algo habrá hecho”. “Le fue mal, Dios lo está castigando”. Pero no siempre el sufrimiento es castigo. A veces es escenario. Pablo no discute, no explica, no dramatiza. **Sacude la serpiente en el fuego.** Así, simple. ¡Qué gesto poderoso! Porque hay serpientes que no se matan con discursos, sino con fuego. El fuego de la fe, de la presencia de Dios. No las analizas, no las alimentas, no las exhibes en redes sociales para contar lo mal que te tratan. Las sacudes en el fuego, y sigues. La gente esperaba que Pablo se hinchara o cayera muerto, pero nada pasó. Y claro, cuando no te mueres de lo que otros pensaban que te iba a matar, cambian la historia: “Ah, entonces es un dios”. De criminal a deidad en diez minutos. Así son los aplausos del mundo: volátiles. Pero Pablo no se deja marear ni por el veneno ni por la fama. Sabe quién es, y a quién sirve. Y entonces Dios abre otra puerta: el principal de la isla, Publio, lo hospeda. Su padre está enfermo, y Pablo —otra vez— no pierde tiempo: ora, impone las manos, y el hombre sano. ¡Y se arma un mini avivamiento en Malta! Toda la isla empieza a venir con enfermos, y Dios sana a muchos. Mira qué ironía: lo que comenzó con una víbora termina en milagros. Dios puede usar incluso el ataque del enemigo para abrirte una puerta de bendición. Tres meses después, Pablo sigue rumbo a Roma. En el camino se encuentra con hermanos de la fe, y dice que al verlos, “dio gracias a Dios y cobró aliento”. Qué detalle tan humano. El apóstol de hierro también necesitaba ánimo. A veces el abrazo de un hermano te da más fuerza que mil sermones. Ya en Roma, Pablo no entra como héroe triunfante. Entra como preso. Con una cadena. Pero aún encadenado, sigue predicando. Dice el texto que **“recibía a todos los que venían a él, predicando el Reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento”**. Sin impedimento, aunque estaba preso. Eso es tremendo: puede que tus circunstancias sean difíciles, pero el evangelio no está encadenado. Puedes estar limitado por fuera y libre por dentro. Pablo nos enseña que la libertad del creyente no depende de las puertas que se abren, sino del fuego que no se apaga. Mira la secuencia del capítulo: 1.- Naufragio. 2.- Serpiente. 3.- Milagros. 4.- Prisión. 5.- Evangelio libre. Así es el viaje de la fe: no lineal, pero siempre con propósito. Cada episodio de la vida de Pablo grita que **Dios no necesita condiciones ideales para cumplir su plan**, solo corazones disponibles. Tal vez hoy estás en tu “isla de Malta”. No sabías que ibas a parar ahí. No era el destino que planeabas, no está en tu mapa. Pero Dios sí sabía. Y aunque parezca una pausa o una desviación, Malta puede ser tu lugar de fuego y milagro. El sitio donde sacudes serpientes y descubres que el veneno no puede contigo. El lugar donde sirves sin título, oras sin micrófono, y sanas a otros mientras tú mismo llevas tus propias cadenas. Así que, si estás en medio del frío, no dejes que el veneno te distraiga. Haz fuego. Sirve. Ora. Mantente fiel. Porque mientras tú estás sacudiendo la serpiente, Dios ya está preparando la nave que te llevará a Roma. **Sacúdela en el fuego. No te detengas. Lo que hoy parece una mordida, mañana será testimonio.** Y cuando llegues a Roma —a ese lugar donde Dios quiere usarte—, que el mundo vea que ninguna tormenta, ninguna víbora, ninguna cadena pudo apagar lo que Él encendió en ti. Gracias por acompañarme en todo el recorrido del Libro de los Hechos. ¿Lo que viene? ¡Génesis! Porque si puedes entender Génesis, luego de haber vivido la síntesis de todo el evangelio del Reino, que es Juan y tomado conciencia del valor del Espíritu Santo en el Libro de los Hechos, es justo que ahora, al entender Génesis, compruebes

como todo el resto de tu Biblia toma sentido.

Posted in: Crecimiento, Sin Categoría | | With 0 comments
